

2. HISTORIA LINGÜÍSTICA: MIGRACIONES Y ASENTAMIENTOS. RELACIONES ENTRE PUEBLOS Y LENGUAS

LEOPOLDO VALIÑAS

Universidad Nacional Autónoma de México

INTRODUCCIÓN

Hasta hoy se sabe que el primer grupo de seres humanos que entró al continente americano a través del estrecho de Bering lo debió haber hecho hace entre 70 000 y 30 000 años, y que los primeros humanos que arribaron a México lo hicieron hace unos 35 000 o 25 000 años (Mirambell 1994, p. 230). Se podría pensar que esto, para la historia de las lenguas mexicanas, es del todo intrascendente, pues es demasiado largo el tiempo transcurrido. Sin embargo, su relevancia se descubre cuando, pretendiendo explicar la altísima diversidad lingüística que se registra en el continente, se articulan las investigaciones lingüísticas con las genéticas, biológicas y arqueológicas al pretender, en especial, determinar el número de “entradas” al continente, las fechas aproximadas en que se dieron y las posibles rutas que siguieron (Greenberg 1987, Campbell 1997, pp. 97-106, y Nichols 1990).

Al llegar a lo que ahora es México, el hombre era nómada y dependía de la caza, recolección y pesca para sobrevivir, hasta que generó tres de las revoluciones tecnológico-culturales más importantes: la de los *primeros cultivos* (que comenzó, según las primeras evidencias, hace unos 10 000 años, convirtiéndose en parte básica de la dieta hasta hace unos 4 000 años, cf. McClung y Zurita 1994, p. 272), la de las *primeras casas* —asociadas de manera simple a la sedentarización— (cuyos restos se fechan hace 7 500 a 5 000 años) y la de la *producción de cerámica* (los tepalcates más antiguos tendrán unos 4 300 años). Es decir, las bandas de cazadores-recolectores

habitaron y recorrieron México desde hace unos 35 000 años y los primeros agricultores aparecieron alrededor de hace 10 000 años. Tanto de unos como de otros no se puede decir nada sobre sus idiomas... o casi nada.

Las tres revoluciones mencionadas permitieron la aparición de formaciones sociales que comenzaron a basar parte de su vida en la agricultura, modificando con ello sus relaciones sociales de producción y generando nuevas necesidades y prácticas. Matos (1994, p. 110) supone que dichas relaciones sociales siguieron siendo igualitarias, aunque algo diferentes, mientras que Nalda (1990) afirma que la aparición de la agricultura no alteró ni la tecnología ni las formas de cooperación comunal ni la estructura ni los tamaños poblacionales. Para Cavalli-Sforza (1994, p. 175), en cambio, la agricultura (es decir, la producción de alimentos) generó necesariamente un aumento demográfico significativo.

En este punto, de la relación de las lenguas con las tres revoluciones dichas sólo se pueden decir dos cosas: *a)* se modificó el universo léxico al aparecer nuevos productos, procesos y realidades; y *b)* se catalizó la diversificación lingüística con la diferenciación social que comenzaba a gestarse, el cambio en los modos de vida y la concomitante expansión demográfica. Pero más nada.

Más tarde, al darse la cuarta revolución, la *mesoamericana* (hace unos 4 000 años), es decir, al aparecer las sociedades agrícolas en las que destaca el surgimiento y desarrollo del Estado y la fuerte dependencia de la agricultura y de la guerra, sobresaliendo el empleo de nuevas tecnologías y el incremento del comercio y de economías bélicas para su reproducción (*cf.* Matos 1994), surgieron las clases sociales, los aparatos ideológicos y represivos y los ejercicios de poder y contrapoder característicos de toda sociedad desigualitaria (lo que forzosamente repercutió en las lenguas). Ya para este tiempo podemos estar seguros de la existencia diferenciada de varias lenguas y de situaciones sociales y lingüísticas real y potencialmente conflictivas (véase tabla 1).

TABLA 1. *Horizontes mesoamericanos*¹

Arcaico Temprano	20 000 a.C.-5 500 a.C.	Cazadores-recolectores
Arcaico Tardío	5 500 a.C.-1 200 a.C.	Surgimiento de grupos de agricultores
Preclásico	1 200 a.C.-200 d.C.	Olmecas, Monte Albán
Clásico	200 d.C.-800 d.C.	Teotihuacan, Monte Albán, Tajín, mayas
Posclásico	800 al siglo XVI	Toltecas y mexicas

¹ Tanto los nombres de los horizontes como sus temporalidades varían de autor en autor. Para una revisión véase Matos (1994).

Ahora bien, ¿es posible saber qué lenguas se hablaban, quiénes lo hacían y cómo evolucionaron? Responder a esta pregunta, es decir, reconstruir la historia lingüística, es el reto del presente texto. Y debido a lo complicado del tema, lo hago en dos etapas: en la primera, describo muy brevemente seis historias lingüísticas particulares (la totonacana, la mixezoque, la maya, la tequistlateca, la otomangue y la yutoazteca), y en la segunda, expongo algunas variables que no deben perderse de vista para ponderar esas historias lingüísticas.

ALGUNAS PROPUESTAS SOBRE LA HISTORIA LINGÜÍSTICA DE MÉXICO

En la gran mayoría de las investigaciones que hablan sobre la historia de las lenguas de México se descubren dos constantes: *a)* la correlación de la información arqueológica con los aportes de la lingüística histórica, los resultados de la glotocronología y, ocasionalmente, la información étnica, social, biológica y geológica; y *b)* la tendencia a identificar las culturas arqueológicas con las culturas étnicas y con las lenguas. En lo personal considero que si bien es cierto que los trabajos deben ser tomados en cuenta, también es cierto que muchos de sus logros por lo regular son débiles y fuertemente cuestionables. Son dos las razones de este arrogante juicio: *a)* la primera es la falta de acuerdos en casi todos los campos, debida no sólo al desarrollo normal de la generación de conocimiento sino a que la gran mayoría de los trabajos o no ha sido coherente o no ha sido rigurosa en el manejo de una información tan disímil, o porque simplemente no se tiene el interés de llegar a acuerdos; y *b)* la segunda es el silencio, en ocasiones pernicioso, de los modelos sociales, demográficos y antropológicos que rigen cada investigación.

La absoluta mayoría de los trabajos que se ven como clásicos y fundamentales para hablar de la historia lingüística de México son de fuerte tradición antropológica y resultado de las posiciones y puntos de vista que en su momento predominaban. Sin pretender ser exhaustivo, presento a continuación seis resúmenes de "historias" lingüísticas con el fin de exponer sus aportes y destacar los problemas a los que se enfrenta este tipo de investigaciones.

Historia del proto-totonacano y su relación con Teotihuacan

Actualmente se acepta la existencia, por nombre, de sólo dos lenguas totonacas (totonaco y tepehua), cada una con tres dialectos (aunque sus límites no coinciden con las agrupaciones que resultan de las inves-

tigaciones sobre inteligibilidad; Eglan 1978, pp. 60-61). La historia del proto-totonacano se ha relacionado con la del proto-maya y la del proto-mixezoque, con los que conformaba una agrupación mayor, más profunda en el tiempo: el macro-mayance (Jiménez Moreno 1942, McQuown 1942, Wonderly 1953, Swadesh 1960, Suárez 1995 [1983] y Greenberg 1987), cuya realidad o no (dependiente de trabajo, en especial, morfológico, cf. Campbell 1997, p. 324) es innegablemente relevante para la historia lingüística de México.

En particular, sobre la historia del proto-totonacano existen fundamentalmente dos posiciones: la mesoamericana (representada por Jiménez Moreno 1942) y la no mesoamericana (por Manrique 1994). Si bien la primera se hizo cuando el desarrollo de la arqueología era muy incipiente y las afirmaciones de entonces ya no son del todo adecuadas (pues, entre otras cosas, se identifica a los olmecas "por excelencia" con los habitantes de Teotihuacan y El Tajín), también es cierto que la propuesta lingüística merece ser comentada. Así, para Jiménez Moreno (1942), el macro-mayance siempre fue mesoamericano, ocupando, sin precisar fechas, casi siempre el mismo hábitat (gran parte de la costa del Golfo y de los estados de Puebla, Hidalgo y Chiapas, excluyendo la península de Yucatán). Primero se separaron los hablantes de proto-maya y más tarde, alrededor del 600 d.C., cerca del final de Teotihuacan, una cuña de otomangues oaxaqueños provocó la separación de los totonacanos de los mixezoques. Para los primeros momentos de Teotihuacan, Jiménez Moreno supone una presencia totonacano-zoqueana desde el Valle de México hasta las costas del sur de Veracruz.

En cambio, para Manrique (1994) tuvo un homeland² no mesoamericano (alrededor del 2500 a.C., se hablaba en la región sur de Texas y norte de Coahuila y Nuevo León). Tras un movimiento gradual hacia el sur, entre el 600 a.C. y el 650 a.C., las dos lenguas totonacanas se separaron (Swadesh 1967, Kaufman 1974 y Justeson *et al.* 1985), aunque, según Manrique, comenzaron su diferenciación en los últimos quinientos años del Preclásico (entre el 300 a.C. y el 200 d.C.), siendo los responsables de ello los hablantes de las lenguas hegemónicas de entonces.

Para tiempos teotihuacanos, la mayoría de los estudiosos, basándose en lo que dice Torquemada y en ciertas evidencias etnográficas y lingüísticas (Jiménez Moreno, Manrique 1994, Justeson *et al.* 1985, Kaufman 1976, Campbell 1997 y Suárez 1995 [1983], p. 230), aseguran que el totonaco

² Considero que este término es más preciso y conciso que otros que se han empleado para designar algo así como "la región de origen", "el centro de gravedad" y "foco de dispersión".

era una lengua que se usaba en Teotihuacan, ya fuera por parte de los dominadores, de los esclavos (Jiménez Moreno 1942, p. 141) o de los constructores (Campbell 1997, p. 161). Luego de construir las pirámides del Sol y de la Luna y como resultado de la presión ejercida por diversos grupos (Lombardo Toledano 1931, p. 18), emigraron hacia el oriente hasta poblar la costa.

Durante el Clásico, entraron en contacto tanto con hablantes de náhuatl como de huasteco, con quienes seguramente convivieron en El Tajín, sin haber sido ellos, los totonacos, los constructores de El Tajín (Manrique 1994, p. 75). Es hasta el 800 d.C., según algunos arqueólogos, que los hablantes de totonaco llegan a su hábitat actual, incluyendo la costa (Wilkerson 1972).

En cuanto a la relación de los totonacos con Teotihuacan, los únicos en manejar argumentos lingüísticos son Kaufman (1976) y Justeson *et al.* (1985). Kaufman asegura haber identificado 10 items léxicos propios y exclusivos del totonaco y de algunas lenguas mayas de las tierras altas guatemaltecas, aunque también reconoce que en la costa guatemalteca apareció, durante el Clásico, un patrón cultural íntimamente relacionado con el centro de Veracruz, sin saberse si tal relación fue resultado de migraciones, conquistas o simplemente por influencia. Por su parte, Justeson *et al.* (1985, p. 18) postulan cinco préstamos supuestamente totonacanos donados a algunas lenguas mesoamericanas, en especial a las lenguas cholanas y yucatecanas (que, por razones fonológicas, fueron anteriores a la separación del chortí del chol-chontal, sucedida alrededor del 550 d.C.). Sin embargo, Wichmann (1998, p. 301) analiza los datos y al final sólo deja como única posibilidad a *corazón*, descartando a la mayoría de ellos porque o se registran en una sola lengua o porque no son fonéticamente semejantes o porque no pertenecen al campo cultural que Wichmann identifica como significativo.

Historia de la familia mixezoque, su relación con los mokaya y los olmecas

Actualmente, las lenguas de esta familia se hablan en comunidades del nororiente de Oaxaca, sur de Veracruz y este y centro de Chiapas. Por nombre, se reconocen cuatro idiomas: mixe, zoque, popoluca y tapachulteco, aceptándose la existencia de básicamente dos grandes grupos: el mixe y el zoque. Son las subagrupaciones en donde todavía se ven algunos importantes desacuerdos.

Muchos investigadores (Lowe 1977 y 1983; Kaufman 1964 y 1976, Campbell y Kaufman 1976, Clark 1990 y 1994, y Campbell 1997) han identificado a los mixezoques con los olmecas del Golfo (1200 a.C.-400 a.C.), pero no

todos coinciden ni en sus argumentos ni en sus resultados. Campbell y Kaufman (1976) y Kaufman (1976) proponen, basándose en la distribución geográfica de las lenguas mixe-zoques y suponiendo poca migración, que su homeland se localizaba, allá por el 1600 o 1500 a.C. (que es su profundidad temporal en términos glotocronológicos), en medio del Istmo de Tehuantepec. Se diversificaron expandiéndose hacia el norte, este y sureste (Kaufman 1976, p. 106) dando como resultado que, entre el 1400 y el 1000 a.C., ya hubiera tres lenguas (o quizá cuatro): la proto-mixe (en los alrededores de Chiapa de Corzo), la proto-zoque (en la zona sur de Veracruz) y la proto-tapachulteca (en el Soconusco), siendo la cuarta, la hablada en los alrededores de Kaminaljuyú. Esta distribución y su temporalidad, aunada a un conjunto de alrededor de 50 préstamos supuestamente mixe-zoques presentes en otras lenguas, les permiten a Campbell y Kaufman (1976, p. 80) sugerir que los olmecas, al menos en parte, pudieron haber hablado alguna lengua mixe-zoqueana.

Por otro lado, Clark (1994, p. 86), basándose en evidencia arqueológica, postula que alrededor del 2000 a.C., los hablantes de proto-mixe-zoque, identificados como mokayas, habitaban las costas chiapanecas y guatemaltecas, su homeland, en los años 1700-1600 a.C. Unos 200 años después, algunos grupos de mokayas migraron hacia el norte llegando al Golfo de México, a una región poblada dispersamente por grupos proto-mayas. Estos mokayas serán los olmecas (Clark 1994, p. 89). Para el 1400 a.C., las lenguas mixes se habían separado de las zoques, ocupando éstas la parte central de Chiapas y las mixes, el istmo y las costas del Golfo, de Chiapas y Guatemala, por lo que ésta fue tal vez la más importante de las varias lenguas en uso en la cultura olmeca (que fue mestiza y plurilingüe, *ibid.*, p. 94). Más tarde, entre el 1300 a.C. y el 1200 a.C., comenzó la olmequización de los mokayas que se habían quedado en las costas del Pacífico debido, en parte, a la existencia de un corredor de comunicación relativamente constante (Clark 1990, p. 50). Para el año 1000 a.C., los hablantes de mixe-zoque ocupaban casi todo Chiapas y Tabasco y la región sur de Veracruz y este de Oaxaca, habiendo sido "expulsados" del sur de Guatemala por los hablantes de proto-mameano y proto-quicheano (o también, posiblemente, asimilados).

Una posición algo diferente (aunque complementaria en cierta medida) es la que sostienen Clark, Hansen y Pérez (1994, p. 452), ya que para ellos los olmecas hablaban lenguas proto-mixe-zoques, coincidiendo con la propuesta de su homeland, alrededor del 1400 a.C., en las costas de Chiapas y Guatemala, llegando, en este caso, hasta Copán (aunque en poco tiempo serían desplazados o asimilados por otros grupos, muy posiblemente mayas). Para el año 1000 a.C., los hablantes de lenguas

mixe-zoques fueron expulsados de Guatemala y La Venta que, al igual que varios de los centros regionales de Chiapas durante el Preclásico (800-300 a.C.), fueron habitadas por proto-zoques. Dos de las capitales zoques más importantes fueron La Venta y La Libertad, abandonadas alrededor del 400 a.C. por la expansión de grupos mayas (*ibíd.*, p. 459). Para el 200 a.C. se consumía el reemplazo o la incorporación de los pueblos hablantes de proto-zoque en la gran mayoría de los centros chiapanecos, excepto Chiapa de Corzo que se mantendría como una cabecera proto-zoque (*ibid.*, p. 474).

Por su parte, Wichmann (1991, 1994 y 1998), basando su propuesta casi puramente en argumentos lingüísticos, señala que no hay evidencias que permitan hablar de una importancia proto-mixe-zoque en tiempos olmecas, pues únicamente *jicara* (de los más de 50 supuestos préstamos mixe-zoques donados a otras lenguas) puede ubicarse en la profundidad temporal de lo olmeca (Wichmann 1998, p. 316). Aun así, y con dudas, postula que en San Lorenzo (1200 a.C.-900 a.C.) había posiblemente preproto-mixe-zoques y en La Venta (900 a.C.-400 a.C.), proto-mixe-zoques, advirtiendo, explícitamente, que su léxico no debe ser visto como 100% olmecoide (Wichmann 1991, p. 222).

Luego de separadas, cada lengua mixe-zoque construyó su propia historia. Los hablantes de proto-mixe, que habitaban la región de Izapa entre el 300 a.C. y el 50 a.C., inventaron el calendario ritual de 260 días (propuesta hecha gracias a la presencia de un número importante de préstamos mixes a las lenguas mayas, entre ellos, cuatro nombres de días, Justeson *et al.* 1985, p. 16); esto, en contra de lo que algunos arqueólogos piensan: que los portadores de la cultura conocida como Izapa eran hablantes de proto-zoque (Smith 1984 y Quirarte 1973). Por su parte, los proto-zoques, considerando la geografía, la existencia de algunos préstamos, sus lenguas receptoras y la propuesta de Justeson y Kaufman (1993, p. 1709) sobre que para el siglo II de nuestra era, después del esplendor olmeca, la gente de habla preproto-zoque tenía un bien desarrollado sistema de escritura identificado como epi-olmeca (cuyas dos piezas más importantes son la estela de La Mojarra y la Estatuilla de los Tuxtla), serían los responsables del desarrollo de la escritura en la Mesomérica oriental. Y gracias a la existencia, hasta ahora, de 17 préstamos mixe-zoques donados a otras lenguas (11 de los cuales lo son a las cholanas), se infiere un importante peso cultural por parte de los hablantes de lenguas mixe-zoques.

Como quedó arriba mencionado, Jiménez Moreno (1942) no relaciona a los hablantes de mixe-zoque con los olmecas, aunque habitaron todo el tiempo la zona del istmo y la zona del sur de Veracruz y Tabasco, siempre en contacto tanto con lenguas proto-mayas como con proto-otomangues.

Finalmente, para Manrique (1994) el homeland de los hablantes de proto-mixezoque se localizaba, alrededor del 2500 a.C., fuera de Mesoamérica (en los actuales Tamaulipas y Nuevo León). Sin ser costeros en ese tiempo, emigraron hacia el sur hasta llegar, mil años después, a la Sierra Norte de Puebla, a la región costera del centro y sur de Veracruz (donde convivieron con grupos de habla maya) y a la costa oeste de Chiapas. La Venta (1200 a 900 a.C.) fue una sociedad bilingüe donde se habló proto-chol-tzeltalano y alguno de los dialectos del proto-mixezoque. Para el 600 a.C., los hablantes de mixezoque —estando en contacto con hablantes de lenguas mayas— ocuparían la costa veracruzana, el norte del istmo, las costas de Chiapas y el suroeste de Guatemala.

En tiempos teotihuacanos, alrededor del 400 d.C. (según Manrique), gente de habla náhuatl llegó al sur de Veracruz y entró en contacto con la de habla mixezoque, manteniéndose la convivencia hasta el siglo XVI en todo el sur de Veracruz, mientras que en Tabasco y la costa de Chiapas los contactos lingüísticos del mixezoque fueron con distintas lenguas mayas. En cambio, para Wichmann, es alrededor del 300 d.C. cuando hablantes de náhuatl comenzaron a arribar a la región zoque localizada en los alrededores del Cerro de las Mesas, en la costa central de Veracruz, siendo dominados los zoques al poco tiempo, pero, por la presencia de préstamos zoques en el náhuatl, infiere que la lengua zoque mantuvo su importancia (Wichmann 1998, p. 318). El continuo dialectal del zoque temprano fue roto, en Veracruz, por los emergentes totonacos (*ibid.*, p. 319), provocando que surgieran tres lenguas zoques (la de Chiapas, la del Golfo y la de Chimalapa) y que los hablantes del zoque de Chimalapa emigraran desde Veracruz hacia Oaxaca, interactuando con gente de habla tequistlateca y huave (tomando en cuenta los préstamos registrados entre ellas).

Por su parte, Kaufman (1976, p. 114) deja abierta la posibilidad de una presencia mixezoqueana en Teotihuacan alrededor del 600 d.C. y asegura que los hablantes de proto-mixezoque ocuparon la zona sur y occidental del área mixezoque (abandonando Chiapas), mientras que los de proto-mixezoque se expandieron hacia el oriente. Más tarde, una cuña proto-mixezoque (representada por hablantes de popoluca de Oluta y Sayula) rompió el continuo zoque provocando que el popoluca de la Sierra quedara al noroccidente de la región mixezoque, ocupando las demás lenguas zoques el oriente. Finalmente, según Manrique, a finales del siglo XV los mixezoques de la costa chiapaneca se retrajeron hacia el oeste.

Paralelamente a esto, Stross (1982, 1983 y 1989), aunque con argumentos no muy sólidos, cree que alguna de las lenguas mixezoques se empleaba como un tipo de lenguaje sagrado entre los escribas mayas, y Wichmann (1994, p. 245), gracias a que Lipp (1991) documentó el uso de

numerales zoques en el calendario ritual de las lenguas mixes, asegura que hubo una dispersión cultural y lingüística al interior de las lenguas mixezoqueanas, destacando su explicación “extraña” sobre la irregularidad de los desarrollos fonéticos de los números proto-mixezoques: “me inclino a pensar que los números rituales ‘zoqueanos’ son de hecho heredados y que los ‘mixeños’ son deformaciones por tabú producidas en los tiempos en los que el calendario ritual fue creado” (Wichmann 1998, p. 317).

En cuanto a los argumentos lingüísticos, en especial los préstamos, para Suárez (1995 [1983], p. 231) hay tres problemas serios: *a)* la no claridad en su direccionalidad, *b)* la posibilidad de que más que préstamos sean cognadas, considerando el macro-mayance, y *c)* la posibilidad de que algunos puedan ser adquisiciones tardías. Asimismo, Wichmann (1991, p. 226), luego de analizar tanto los de Campbell y Kaufman (1976) como los de Justeson *et al.* (1985), asegura que no son proto-mixezoques (Wichmann 1991, pp. 223-225 y 1998). Algo similar hacen Dakin y Wichmann (2000) al revisar el caso de *cacao*, tomando como uno de sus argumentos los desarrollos fonéticos de las lenguas mixezoques.

Historia de la familia maya y el caso huasteco

Actualmente, las lenguas de la familia maya ocupan la mayor parte del sureste mexicano (las partes altas y norte de Chiapas, algunas regiones de Tabasco, parte importantante de la península de Yucatán) y amplias regiones de Guatemala, Belice y Honduras, además de la presencia del huasteco en la región del mismo nombre, en los estados de San Luis Potosí y Veracruz. Su clasificación está lejos de ser unívoca, en especial en lo tocante a sus subagrupaciones y a la posición de la familia huastecana (formada por dos lenguas: la huasteca y la chicomucelteca, cuya distancia geográfica no corresponde con la pequeñísima distancia lingüística que la mayoría de los investigadores les adjudica: Manrique asegura que tienen una divergencia de unos mil años, mientras que Kaufman, 1969 y 1974, de unos ocho siglos y medio mínimo o nueve).

Como ya se apuntó antes, para Jiménez Moreno (1942), el proto-maya era parte del macro-mayance que tenía su homeland a lo largo de la costa del Golfo, desde el norte de Veracruz hasta el oriente de Tabasco. Fue una cuña totonaca-zoqueana la responsable de romper la continuidad maya, causando la separación de los hablantes de huasteco de los demás. Esos huastecos, según Jiménez Moreno, fueron los portadores de la cultura de La Venta (identificados inicialmente como pre-olmecas y más tarde bautizados por él como tenocelome), conviviendo, muy seguramente, con zapotecos (1942, p. 145). Considerando que durante el esplendor de

Teotihuacan era casi imposible moverse poblacionalmente, postula que la separación del chicomucelteco del huasteco y su migración hacia el sur debió haberse dado antes del 350 d.C. (Manrique 1989a, p. 212).

Por su parte, Krickeberg (1933), basando sus conclusiones en la información etnográfica disponible, supone la existencia de un sustrato mayance a lo largo de la costa del Golfo. Tiempo después, tanto Swadesh (1960) como Manrique (1994, p. 65) propusieron que el homeland de las lenguas mayas se localizaba, hace unos 4500 años, en la región huasteca y la llanura costera veracruzana (Manrique 1989a, p. 210). Esto lo hacen a partir de correlacionar una supuesta uniformidad lingüística maya con las evidencias arqueológicas que señalan una tradición ininterrumpida desde el Preclásico hasta la Conquista en la región de la Huasteca. Para Manrique, alrededor del 1800 a.C., la extensión geográfica del proto-maya era tal que generó la aparición de dialectos que formaban una cadena muy diferenciada, lo cual fue catalizado por la considerable extensión geográfica. Así, para el 1600 a.C., ya existían tres dialectos: el proto-huastecano, el proto-cotoque (o chicomucelteca) y el proto-yaxqué³. Por esos tiempos, comenzó una intrusión mixezoque hacia la costa haciendo desaparecer varios dialectos intermedios, aislando a la gente de habla proto-huastecana y proto-chicomucelteca en el norte y empujando al resto de los hablantes proto-mayas hacia el sur. El resultado es que, para el 1500 a.C., las lenguas mayas se encontraban ya claramente divididas en dos grupos: el inik o proto-huastecano (desde el norte del Pánuco, la región norte y centro de Veracruz y zonas aledañas, hasta el norte de Jalapa) y el winik, que se extendía por Tabasco, Campeche, norte de Chiapas y norte de Guatemala (Manrique 1994, p. 70). Al oriente (en las tierras bajas del Petén y el sur de la península de Yucatán) se encontraban los ancestros de quienes hablarían maya yucateco y lacandón, y al occidente (en el curso bajo y desembocadura del Grijalva y el Usumacinta), los proto-chol-tzeltalanos, siendo éstos los que habitaban La Venta.

Para el 600 a.C., el grupo winik ocupaba toda la península de Yucatán y casi toda Guatemala. Tiempo después, en el norte (entre Tuxpan y Papantla), los hablantes de proto-huastecano (que construirían El Tajín) convivieron con hablantes de proto-totonaco, quienes penetraron paulatina y pacíficamente de oeste a este en su camino hacia la costa. Esto, aunado al desplome general de la frontera septentrional de Mesoamérica, provocó que, alrededor del 1000 d.C., el huasteco y el chicomucelteco se

³ Llama la atención que Manrique hable de dialectos proto-chicomuceltecos para el 1600 a.C., separados de los del proto-huasteco, cuando, según él, la separación del huasteco y chicomucelteco se dio hasta el año 1000 de nuestra era.

separaran, migrando los hablantes de la segunda lengua hacia Chiapas, desplazando, al llegar, a los motocintlecos que ahí habitaban (Manrique 1994, p. 78 y Suárez 1995 [1983], p. 228).

Por otra parte, tanto Diebold (1960), como McQuown (1964), Kaufman (1976, 1980) y Campbell (1997) postulan —basándose en que el léxico reconstruido para el proto-maya incluye formas de flora y fauna tanto de tierras altas como de tierras bajas, el conocimiento de la gente que habita en las tierras altas de los productos de las tierras bajas (y el desconocimiento de la de las tierras bajas de los productos de las tierras altas) y la facilidad de comunicación en las tierras altas gracias a los valles fluviales— que el homeland de la gente de habla proto-maya se localizaba en los Cuchumatanes, alrededor del 2200 a.C. (Kaufman 1976, p. 106). Desde esa región y alrededor de ese 2200 a.C., los hablantes de proto-huastecano se separaron del resto, migrando hacia el norte a través de los ríos Ixcán y Lacantún, hacia el Usumacinta, yéndose al oeste y más tarde al norte a lo largo de la costa del Golfo hasta la Huasteca, entre el 1500 a.C. y el 1000 a.C., contactando, en su tránsito por el área del Golfo, con personas de lengua mixezoque. Asimismo, y debido a la presencia de algunos préstamos zapotecos en el huasteco, se supone que para el 400 a.C. los hablantes de proto-huastecano pudieron haber estado en el centro o ya en el norte de Veracruz. Mucho más tarde, alrededor del 1100 d.C., los hablantes de chicomucelteco emigraron hacia el sur. Inicialmente Kaufman (1974, p. 49) suponía o que los chicomuceltecos acompañaron a los toltecas en su expansión hacia el sur, o que fueron empujados por las mismas fuerzas que hicieron moverse a los toltecas, aunque más tarde se retractó (Kaufman 1976, p. 111).

Según Campbell (1984, p. 171), si bien es cierto que los cuatro argumentos que apoyan la propuesta de Kaufman son válidos: *a*) la gran extensión geográfica que ocupan los hablantes de huasteco en contraposición con la zona relativamente pequeña de los hablantes de chicomucelteco; *b*) la corta tradición de asentamiento por parte de estos últimos; *c*) la ausencia de evidencias sobre migraciones recientes (hacia o desde la Huasteca); y *d*) la presencia de algunos rasgos de cultura material propia de la Huasteca, como lo son algunos pocos edificios redondos, puntas triangulares de obsidiana, hachas, yugos, y campanillas grandes (comunicación personal de Gareth Lowe a Campbell), también es cierto que carece de evidencias lingüísticas que la apoyen. De hecho, para Campbell hay algunos cambios fundamentalmente fonológicos que le permiten relacionar más íntimamente al proto-huastecano con el proto-chol-tzeltalano, dejando abierta la discusión, dado que las diferencias gramaticales y de léxico entre ambos subgrupos son muy profundas (sugiriendo, según Campbell, una separación lejana y, según Kaufman, desarrollos independientes).

Por otro lado, un movimiento migratorio parecido siguió la gente de habla proto-yucatecana (que fue la segunda en separarse), yéndose entre el 2000 a.C. y el 1000 a.C., pero en lugar de dirigirse al oeste (como los hablantes de proto-huastecano) se encaminó hacia el norte y hacia el este, llegando a la península de Yucatán tal vez alrededor del 1000 a.C. Kaufman (1969, 1974 y 1976) da varias fechas, pero considera que entre el 1000 a.C. y el 600 a.C., Dzibilchaltún, Maní y Xtampac (todos en el norte de la península) estaban ya habitadas por los yucatecanos. Por esas fechas, la gente que hablaba gran tzeltalano emigró hacia el norte (separándose del grupo occidental) alrededor del 1000 a.C., yéndose río abajo y distribuyéndose por ambos márgenes del río Usumacinta. Y es hasta después del año 100 de nuestra era que los hablantes de las lenguas cholanas se separaron del gran tzeltalano empujando a estos hablantes hacia el oeste, haciendo que en los siguientes 100 años llegaran a los Altos de Chiapas.

En cambio para Campbell (1997), la separación y partida de los hablantes de proto-yucatecano y de proto-cholano-tzeltalano fue alrededor del 1000 a.C., cuando, siguiendo el río Usumacinta, se dirigieron hacia el Petén. Y mientras que los primeros seguían su camino hacia el norte, los segundos llegaban a los Altos de Chiapas hacia el año 200 d.C., entrando en contacto con hablantes de lenguas mixe-zoqueas. Los contactos entre los cholanos y los yucatecanos no se rompieron del todo (Campbell 1997, p. 165).

En este periodo (1000 a.C.-100 d.C.) se da en el gran tzeltalano un conjunto de innovaciones tanto fonológicas como léxicas que lo caracterizarán, y muchas de ellas serán difundidas a otras lenguas, siendo, según Kaufman (1976), el cholano la lengua donadora, pero advirtiéndose que ello no implicó un alto grado de bilingüismo, pero sí un alto prestigio. Y es gracias al conjunto de esos supuestos préstamos identificados al interior de las lenguas mayas y en sus lenguas vecinas, que se pueden postular tanto contactos lingüísticos como movimientos poblacionales (véase Justeson *et al.* 1985). Para Suárez (1995 [1983], p. 228), sin embargo, ello no garantiza el saber qué lengua maya se hablaba en las tierras bajas mayas.

Finalmente, para Kaufman la lengua yucatecana fue una sola hasta hace unos mil años, cuando se fragmentó y dio origen a las cuatro lenguas yucatecanas conocidas. Esta última fecha coincide con la llegada de grupos toltecas a la región (lo que provocó esa tetra-fragmentación) y de los pipiles a las costas guatemaltecas (que incidieron para que las lenguas pocom y quicheanas se dividieran, la primera en dos y la segunda en cinco).

Por su parte, para Josserand (1975) la región de las tierras altas de Chalchuapa, en El Salvador, sería el *homeland* de la gente de habla proto-maya quizás desde el 2900 a.C. Para ello, se basa en la evidencia arqueo-

lógica, demográfica y geográfica. Desde ahí, el primer grupo que emigró, alrededor del 2200 a.C. y debido a cuestiones de tecnología, fue el de habla proto-huastecano, habiendo, para estos tiempos, tres dialectos en la zona nuclear: el proto-yucatecano, el occidental y el oriental. Más tarde, allá por el 1500 a.C., los hablantes de proto-yucatecano emigraron hacia las tierras bajas vecinas desocupadas o muy poco habitadas siguiendo los valles fluviales del alto Lempa hacia el Motagua y de ahí hacia el Golfo de Honduras (donde algunos de ellos se asentaron), dirigiéndose más tarde al Petén y hacia Belice. En las tierras bajas entraron en contacto con gente olmeca del oeste y con otros, posiblemente del norte de Yucatán. Esto los caracterizaría y daría origen a una particular diversidad cultural de las tierras bajas mayas, significando, además, que la gente de habla proto-yucatecana se separara rápidamente del resto de los mayas y que mantuviera su homogeneidad lingüística (que se perdería mucho más tarde, hasta el 900 d.C.).

Entre el 300 a.C. y el 200 d.C., Chalchuapa apenas mantuvo relaciones con el Petén, estrechándolas, en cambio, con Kaminaljuyú debido a una expansión poblacional hacia esa región por parte de gente de habla gran mameana. Entre los años 100 y 200 d.C. se renovaron los lazos con el Petén, llegando, en este caso, los cholanos. Esto coincide con la división del gran cholano en las lenguas cholanas, por un lado, y las tzotzilanas, por el otro. Según los registros arqueológicos, los hablantes de proto-cholano tenían una tradición cultural más compleja que provocó, entre otras cosas, que expulsaran del Petén, de manera pacífica, a la gente de habla yucatecana, fortaleciéndose ésta en el norte de Yucatán. Para Josserand, no hay duda de que la lengua de la elite maya clásica, era proto-cholano, porque acepta que los portadores de la cultura maya clásica al influir cultural y lingüísticamente a sus vecinos, generaron un idioma altamente innovador (y el proto-cholano lo fue), y por la adopción de esos cambios por parte de las otras lenguas (demostrada por un conjunto de 10 innovaciones fonológicas, su presencia o no en las demás lenguas mayas y por la distribución de las lenguas cholanas, la cual coincide con el área cultural del Petén). Finalmente, la división del cholano en tres lenguas durante el Clásico Tardío tiene correlatos con la evidencia arqueológica del Clásico tardío y del Posclásico (Josserand 1975, p. 507).

Una posición semejante, pero no igual, es la que sostienen Clark, Hansen y Pérez (1994), quienes no se animan a darle identidad étnica o lingüística a los primeros pobladores de la actual área maya, aunque reconocen que es muy probable que desde hace unos 4000 años, las tierras bajas mayas hayan estado habitadas por pueblos de habla maya. Hasta que cuentan con evidencia cerámica, arquitectónica y lo que ellos llaman

“continuidad histórica de prácticas culturales y de estilos artísticos”, se animan a afirmar que para el 1400 a.C., ya es posible distinguir cinco lenguas mayas: el yucatecano, el kanjobalano, el quicheano, el mameano y el cholano⁴, ocupando este último el actual Belice. En términos culturales, los orígenes de la cultura maya se pueden seguir hasta cerca del 1000 a.C., tanto en la región montañosa como en las tierras bajas guatemaltecas (Clark, Hansen y Pérez 1994, p. 442). Entre el 800 y el 750 a.C., agricultores provenientes de Belice (posiblemente hablantes de lenguas cholanas) se movieron hacia las tierras bajas mayas, desplazando o incorporando a otros grupos que quizás ya habitaran el Petén (*ibid.*, p. 455). Más tarde, para el 200 a.C., hablantes de proto-tzeltalano colonizaron las regiones montañosas de Chiapas, integrando o desplazando muy seguramente a hablantes de proto-zoque.

El hecho de ubicar al cholano en Belice tiene repercusiones importantes, dado que en la clasificación de Houston, Robertson y Stuart (1998), que es la que toman como base, se incluye al proto-huastecano dentro del tzeltalano común, del que el cholano también es parte. Esto significa, agregando las afirmaciones hechas por Clark, Hansen y Pérez (1994) y lo que aparece registrado en sus mapas, que los hablantes de proto-huastecano fueron uno de esos grupos de “agricultores sedentarios” (cuyo homeland se localizaba en Belice) que emigraron hacia el oeste y luego hacia el norte, quizá alrededor del 800 a.C., cuando comenzó la expansión poblacional desde Belice.

Finalmente, Clark (1994, p. 89) piensa que el homeland de los hablantes de proto-huastecano era la región sur de Veracruz y la costa tabasqueña, y que fueron los mokayas los que al arribar desde las costas chiapanecas entraron a una región poblada dispersamente por grupos de proto-mayas dividiéndolos en dos, quedando al norte los huastecos. Esto significa que, después de este rompimiento, hubo un desplazamiento todavía más hacia el norte por parte de la gente de habla proto-huastecana y luego un movimiento hacia el sur por parte de la gente de habla chicomucelteca.

Historia de la familia tequistlateca

La composición de esta familia también sigue en la mesa de discusión, desde su composición interna (número de lenguas) hasta sus relaciones

⁴ La manera en que se escriben los nombres de las lenguas es diverso. En el caso particular de las mayas, se ha propuesto toda una revolución ortográfica. Mantengo la forma tradicional mexicana de escribir sus nombres.

cercanas (si forma o no una familia junto con las lenguas jicaques). Para Manrique (1994), la tequistlateca es una de las subfamilias que integran a la hokano-coahuilteca y, según él, sólo tiene un idioma: el tequistlateco o chontal de Oaxaca. En cambio para Kaufman (1974), sin señalar necesariamente una relación con las hokanas, considera que está conformada por dos lenguas: el huamelulteca (o de la costa) y el tequistlateco (o de las montañas). Waterhouse (1985) y Campbell (1997) aseguran que no son dos sino tres lenguas diferentes aunque, muy cercanamente relacionadas: el huamelulteca, el chontal de las tierras altas y el tequistlateco (este último, posiblemente extinto). Campbell y Oltrogge (1980) le apuestan, además, a una posible relación con el jicaque más que con los idiomas hokanos. Las lenguas jicaques son, para Campbell, dos, significativamente diferenciadas: la de El Palmar u occidental (ahora extinto) y la del este o tol. Suárez (1995 [1983]), por su parte, no duda en considerar a la tequistlateca-jicaque como una familia, compuesta por dos subfamilias: la tequistlateca (conformada por dos idiomas: el chontal de la costa o de Huamelula y el chontal de la sierra) y la jicaque (también con dos lenguas: la jicaque de El Palmar y la de La Flor).

Como es obvio, esta variedad de identificaciones y de agrupaciones repercute en la historia de la lengua. Manrique explícitamente postula sus movimientos reconociendo que su aislamiento impide precisar algo (1994, p. 67). Dado que él acepta su parentesco con las lenguas hokanas (yumanas, seri y coahuilteca), su homeland lo ubica alrededor del 2500 a.C. —y todavía en contacto con las lenguas hokanas— en alguna parte en el noroeste mexicano. Supone que el grupo tequistlateco avanzó por la región costera (*íd.*), llegando, allá por el 1500 a.C., a la costa de Oaxaca, donde se localiza hoy en día (permaneciendo por más de 3500 años en el mismo hábitat). De acuerdo con Kaufman (1974), las dos lenguas tequistlatecas se separaron allá por el 1500 d.C. En cuanto al jicaque, Manrique lo localiza, desde el 2500 a.C., en el sur de Honduras, moviéndose poco a poco hacia el norte hasta llegar, allá por el 1500 d.C., a la costa atlántica hondureña. Para Suárez (1995 [1983], p. 233), en cambio, la localización del homeland de esta familia es problemática debido a tres razones: porque la relación entre el tequistlateco y el jicaque se ha propuesto de manera reciente, la distancia geográfica que los separa es significativa y por la escasez de trabajos.

Historia de la familia otomangue

Se puede decir que son tres las características de esta familia: a) su supuesta honda profundidad en el tiempo; b) la discusión sobre las familias

o subfamilias que la integran; y *c*) la indefinición del número de lenguas existentes, esto último debido, más que a nada, a la aceptada compleja realidad dialectal y lingüística de tres de ellas: la chinanteca, la zapoteca y la mixteca. En cuanto al primer punto, algunos autores (Swadesh, Manrique) consideran que la profundidad temporal del otomangue es tal que sugieren identificarla mejor como un filum (o familia de familias) que como una familia; en cambio, para otros, no hay duda de su realidad como familia, independientemente de su temporalidad. En cuanto al segundo punto, y relacionado con el primero, hay dos familias que han estado en constante discusión: la huave (que actualmente se considera, por la absoluta mayoría, como aislada) y la tlapaneco-subtiaba (que, por el contrario, sí se identifica como otomangue). En relación con el tercer punto, y a manera de ejemplo, se discute el número de lenguas zapotecanas, que varía de 6 a 55, o de las chinantecas, que son 14, según Rensch (1976). Algo similar ocurre con los otros idiomas.

La mayoría de los investigadores que han trabajado la historia lingüística del otomangue consideran que sus hablantes jugaron un importante rol en el desarrollo de Mesoamérica, centrándose las diferencias en el quiénes y el de qué manera. Para Manrique, no todos los grupos hablantes de lenguas otomangues tuvieron la misma significancia (ya que, por ejemplo, los de habla otopame arribaron tardíamente a Mesoamérica), mientras que para Hopkins (1984, p. 30), toda la familia participó del proceso cultural.

Sin ubicar explícitamente el homeland, Jiménez Moreno (1942), y con las salvedades ya arriba mencionadas sobre su trabajo, supone que en La Venta, durante su florecimiento, había gente de habla zapoteca conviviendo con personas de habla maya. De hecho, considera que el macro-otomangue ocupaba casi todo Oaxaca, gran parte de Guerrero, Puebla, la región central de Veracruz y el centro de Chiapas, dividiéndose en dos ramas: una, de chinanteco y zapoteco (que serían propiamente los oaxaqueños) y otra (nombrada rama olmeca), que incluye al popoloca y al mixteco cuyos hablantes, formando una cuña y penetrando hacia la costa de Veracruz, provocaron la separación de los totonacos de los mixzoques. Esta rama tuvo una participación activa en Teotihuacan, siendo los mazateco-popolocanos los últimos representantes de la cultura teotihuacana (Jiménez Moreno 1942, p. 139), identificando a los popolocanos con los nonoalca de las fuentes escritas a partir de análisis etnohistóricos (prácticas religiosas, tipos de arreglo personal y migraciones).

Por su parte, Harvey (1964), a partir de la distribución espacial de las lenguas otomangues, las evidencias de una ininterrumpida continuidad cultural durante 11 000 años en la región de Tehuacán (*cf.* MacNeish

1961) y los datos léxicos que reflejan lo que él llama una estratificación comparable (proporcionalidad entre la antigüedad de las cognadas de plantas con su difusión en las lenguas hijas, Harvey 1964, p. 527), sugiere que los hablantes de proto-otomangue son los herederos de la gente que vivió en Tehuacán y que su centro de dispersión fue la región noroccidental de Oaxaca (tomando a Santa María Ixcatlán como foco y con un radio de 75 millas)⁵. Su propuesta se basa en la articulación de los reflejos léxicos de alta implicación cultural (plantas cultivables e instrumentos) con las fechas glotocronológicas y arqueológicas. Así, por ejemplo, para la fase El Riego (7000 a.C.-5000 a.C.) se tienen evidencias arqueológicas del cultivo de la calabaza y del chile y más tarde, en la fase Coxcatlán (5000 a.C.-3750 a.C.), del maíz y, casi al final de ella, del frijol. Esta diferencia en los tiempos se manifiesta, según Harvey, también en los reflejos léxicos. Así, se puede afirmar que la gente de habla proto-chinanteca se separó del proto-otomangue muy temprano dado que se encuentran reflejos de maíz y chile en todas las familias excepto en la chinantecana. Su correlación le lleva a concluir que para el Formativo Temprano (2000 a.C.) las ramas otomangues (otomiana, popolocana, mixteca, zapotecana, chinantecana y chiapaneco-mangue) ya estaban bien definidas. Finalmente, destaca su afirmación sobre que para el Formativo Tardío hubo cambios significativos que repercutieron en las estructuras de parentesco.

Hopkins (1984), tomando en cuenta la reconstrucción léxica del proto-otomangue hecha por Rensch (1976), la distribución actual e históricamente atestiguada de las lenguas y los resultados glotocronológicos, asegura que entre el 5000 y el 3400 a.C., durante el Arcaico, comenzó la diversificación del otomangue en el Valle de Tehuacán, una de las varias regiones en donde comenzó la agricultura. Al darse, por la agricultura, un aumento poblacional y su consecuente expansión demográfica, la familia otomangueana se diversificó (Hopkins 1984, p. 33), significando con ello que los otomangues jugaron un importantísimo papel en el surgimiento y difusión de la agricultura en Mesoamérica. Winter, Gaxiola y Hernández (1984, p. 72) apoyan esta propuesta y defienden la fecha de 4400 a.C. (obtenida de los cálculos glotocronológicos) como la que indica el momento de la "diáspora" otomangue. Para ello manejan tres argumentos:

1) El Valle de Tehuacán está comprendido dentro de una extensa área en la que durante el Arcaico se reproducía la tradición cultural identificada como Tehuacán. Considerando que en esta región se encuentra la gran mayoría de las familias otomangues (excepto la chiapaneca-mangue), es

⁵ En sentido estricto, Santa María Ixcatlán no se encuentra en el noreste de Oaxaca.

muy posible que los portadores de la tradición Tehuacán hayan sido hablantes de proto-otomangueano.

2) Alrededor del 4400 a.C. se constata arqueológicamente el paso de una economía de apropiación a una de producción, permitiendo por un lado el surgimiento y desarrollo del sedentarismo y, por otro, el crecimiento poblacional. Dos de las condiciones que traerían como consecuencia una potencial diversificación lingüística.

3) De darse esta diversificación lingüística se esperaría, a su vez, una diversificación de la cultura material. Si bien esto no se da en cuanto a algunos utensilios, sí se descubre de cierto modo en los tipos de puntas de flecha empleados. Es claro, sin embargo, que esta diversificación en la cultura material no es tan contundente como para corroborar desarrollos diferenciados. Pero para Rensch y Hopkins existen, además, 15 innovaciones fonológicas que les permiten hablar de ocho estadios lingüísticos en los que se postula que los grupos comenzaban su diferenciación a pesar de mantener contactos entre ellos. Dichas innovaciones son tempranas, comenzando alrededor del 4400 a.C. y terminando entre el 1500 y el 500 a.C. (es decir, en el Preclásico), sin tener evidencias del grupo foco de cada una de ellas.

Analizando qué lenguas comparten qué cambios, Hopkins (1984, p. 49) postula que al principio del Arcaico, el popolocano, el chinanteco y el amuzgo conformaban una red estrecha de relaciones lingüísticas (y por lo tanto, de otro tipo), con una participación secundaria del chiapaneco-mangue y del tlapaneco. La ausencia en esta red del mixtecano o zapotecano la explica como resultado de migraciones aunque, para el Arcaico Tardío, gracias a su expansión poblacional y territorial, reingresaron a la red (*ibid.*, p. 50). De esa red, los primeros en separarse fueron los hablantes de otopame, luego los de amuzgo y después los de popolocano. Los demás mantuvieron contacto entre sí siguiendo su propio desarrollo.

Todo lo anterior significa que para principios del Preclásico, las nueve familias otomangues ya estaban diferenciadas y ocupando, cada una, su respectivo homeländ: 1) los hablantes de otopame, los valles del centro de México; 2) los de popolocano, los de Puebla y Tehuacán (con extensiones hacia el sur y el este); 3) los de mixtecano, las actuales Mixteca Alta y Baja; 4) los de zapotecano, los valles centrales de Oaxaca con extensiones hacia el norte; 5) los de chinanteco, al norte de los zapotecanos llegando casi a las tierras bajas del Golfo; 6) los de tlapaneco, partes orientales de Guerrero; 7) los de amuzgo, el suroeste de Oaxaca; 8) los de huave, los mares interiores del istmo; y 9) los de chiapaneco-mangue habitaban el valle de Puebla (véase Hopkins 1984, p. 44), destacando estos últimos porque su localización no coincide con la que se registró durante la Colonia.

En el Preclásico surgen varias villas campesinas permanentes en los valles de Tehuacán y Oaxaca, la Mixteca Alta y la cañada y se genera un conjunto de rasgos comunes (en la manufactura y decoración de la cerámica) que permiten correlacionar toda la región otomangue (Winter, Caviedra y Hernández 1984, p. 79). Pero, mientras que la presencia olmeca está arqueológicamente atestiguada en casi todas las supuestas regiones otomangues, a nivel lingüístico no existen evidencias suficientes.

Ya para el Clásico, caracterizado por la emergencia de los centros urbanos, como Monte Albán (y su posterior evolución a ciudades-estado en el Posclásico), comienza la diferenciación lingüística interna de la mayoría de las lenguas de la región oaxaqueña. En este último caso, se ha postulado, por ejemplo, que la gente de habla mixteca de la Baja o ñiñe se relacionaban con Teotihuacán, mientras que los de la Alta con Monte Albán, lo que coincide con la existencia de ciertas isoglosas (Bradley y Jossierand 1977, y Jossierand y Bradley 1978), aunque sin determinar claramente su temporalidad.

La aparición de ciertos centros urbanos (comenzando alrededor del 600 a.C.) así como su caída (alrededor del 600 d.C.) son dos de los factores decisivos en las diversificaciones otomangues en las que se mezclan tanto factores migratorios como sociopolíticos. En cambio, para el Posclásico, la alta estratificación social presente en los señoríos o cacicazgos, las dinámicas de vida en las ciudades-estado, la alta movilidad de bienes y personas y las pugnas tanto al interior como al exterior, catalizaron la diferenciación lingüística por razones puramente sociopolíticas, con excepción de la gente de habla chiapaneco-mangue, que emigró hacia el sur, hacia Chiapas y Centroamérica, debido al incremento de presión proveniente del centro de México. Esto sucedió a finales del Clásico, ya separado el chiapaneco del mangue (Hopkins 1984, p. 52).

Finalmente, para Manrique, alrededor del 2500 a.C. ya estaban diferenciadas y muy separadas las familias del filum otomangue, básicamente, por la adopción de un modo de vida agrícola. Los hablantes de la familia chinanteco habitaban el sur de Veracruz (desde la costa hasta la Sierra de Oaxaca, alrededor del río Papaloapan), los de la otopame, Coahuila, Chihuahua, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí, los de la oaxaqueña, el sur de Puebla y noroeste de Oaxaca, los de la mangueña, el istmo de Tehuantepec y los de la tlapaneca, casi todo Guerrero. Considerando que para el proto-oaxaqueño se han reconstruido términos para algunos cultígenos así como términos asociados a su control, supone que sus hablantes jugaron un papel importante en Mesomérica (Manrique 1994, p. 64). Y, apoyándose en el trabajo de reconstrucción del macro-mixtecano de Longacre y Millon (1961), asegura que para esos

años ya se hablaba proto-zapotecano, proto-popolocano y proto-mixtecano (esta última, ya con dialectos muy diferenciados), asumiendo que los hablantes de esta última lengua fueron de los iniciadores del cultivo e importantes en el desarrollo de algunas de las ideas y concepciones mesoamericanas (Manrique 1994, p. 66).

Alrededor del 1500 a.C., el proto-amuzgo se diferenció del proto-mixtecano, ocupando sus hablantes buena parte de la Mixteca, tal vez al lado de los proto-popolocanos y los proto-mixtecanos (quienes habitaban desde Tlaxcala hasta el oeste de Oaxaca). Los hablantes de proto-zapotecano ya casi habían llegado a los lugares que actualmente habitan, señalando Manrique en su mapa que los de proto-chinantecano habían sido expulsados de la costa (posiblemente por hablantes de mixezoque) entrando en contacto con los proto-oaxaqueños. Por su parte, los hablantes de otopame seguían su movimiento hacia el sur, ocupando desde Zacatecas y San Luis Potosí hasta los valles de México y Toluca. En el Preclásico, alrededor del 600 a.C., los hablantes de proto-mangue se localizaban entre los altos de Chiapas y la costa, mientras que los de proto-oaxaqueño habían llegado a la costa oaxaqueña, posicionándose entre los de habla tlapaneca y tequistlateca. Para el Clásico, y debido fundamentalmente a la vida aldeana, se fragmentan dialectalmente (*ibid*, p. 72) y, en el centro de México, los hablantes de proto-otomiano serán desplazados por los hablantes de náhuatl.

Durante el Posclásico, los hablantes de náhuatl provocaron, en la región otopameana, las separaciones lingüísticas (matlatzincas de ocuiltecos y al interior de los mismos otomíes), pero es la vida estatal la que caracteriza ese periodo, de tal manera que, por un lado, se dan alianzas entre distintos grupos o estados (así, los mexicas se alían con matlatzincas para atacar a los purépechas, y grupos de otomíes se alían con tlaxcaltecas para enfrentarse a los mexicas) y, por otro, se dan políticas o de exterminio, o de aculturación, o de negociación incidiendo significativamente en el panorama lingüístico.

Historia de la familia yutoazteca y su relación con Mesoamérica

Las lenguas de esta familia se hablan o hablaban desde los estados de Oregon, Idaho y Wyoming hasta ciertas regiones de Centroamérica, incluyendo algunas comunidades de Oklahoma. Su distribución se caracteriza por no ser regular (además de haber grandes "huecos" entre ellas, la extensión ocupada por cada subfamilia es bastante diferente) y por correlacionarse con una diversidad cultural, geográfica y climática muy marcada. En términos generales, el número de lenguas, por nombre, está casi consensado, no así el de los dialectos ni la composición de las subfamilias.

Con el riesgo de simplificar demasiado, se puede decir que hay seis posturas distintas en cuanto al homeland proto-yutoazteca (para revisiones y propuestas, véase Goss 1968 y 1977, Swanson 1968, D. Fowler 1977, C. Fowler 1983 y Hill 2001a).

1) La idea de un homeland de cazadores-recolectores localizado muy al norte es defendida por varios estudiosos. Swadesh (1956), por ejemplo, luego de realizar cálculos glotocronológicos y de aceptar que el proto-yutoazteca era parte del macro-penutiano, postuló a Oregon como el centro del macro-penutiano (*ibid*, p. 41), asumiendo que el macro-neutiano se había comenzado a diversificar internamente hace unos 10 000 años, yéndose los proto-penutianos hacia California. A partir de eso, Taylor (1961, p. 75) correlacionó datos arqueológicos y lingüísticos y propuso el homeland del proto-yutoazteca en el norte de la región montañosa de la Gran Cuenca, considerando que era gente serrana y que hubo un solo movimiento migratorio. Entre el 8000 a.C. y el 3000 a.C., los hablantes de proto-yutoazteca comenzaron a moverse hacia el sur y suroeste, a lo largo de las faldas occidentales de las Rocallosas (*ibid*, p. 77), entrando a México entre el 4000 y el 3000 a.C. Este movimiento se caracterizó por que se iba quedando gente en las montañas y por que se enviaban, de vez en cuando, avanzadas hacia las tierras bajas y más áridas. Gracias a esta estrategia, el homeland fue cambiando a lo largo del tiempo, funcionando, la gran extensión territorial de los yutoaztecas montañoses, como un puente efectivo entre Mesoamérica y el Suroeste por donde pasaron diferentes influencias culturales⁶. Finalmente, según Taylor, la divergencia lingüística se pudo haber dado en cualquier región a lo largo de esa larga travesía.

Hopkins (1965, p. 56) retoma las ideas de Swadesh y algunas de Taylor señalando que la gente de habla penutiana se separó de la de proto-yutoazteca en la región norte de la Gran Cuenca, yéndose los segundos hacia el sur. Alrededor del 7000 a.C. comenzó un calentamiento climático (*cf.* Mabry 1997) que convirtió a la Gran Cuenca, antes región de lagos, en una zona seca, alcanzándose la máxima aridez en el norte alrededor del 4500 a.C. Esto obligó a que la gente de habla proto-yutoazteca migrara dividiéndose en dos: los sureños (que hablaban proto-nahuatlano) y los norteños, quienes se dividieron a su vez en dos grupos al seguir dos rutas diferentes: la gente de habla norteña (que se agrupaba alrededor de las sierras) se fue hacia el suroeste, yéndose por el oeste de la Gran Cuenca, y la de habla sureña (que se concentraba alrededor de las Rocallosas) se dirigió hacia el sureste. En todo este peregrinar, la Gran Cuenca nunca

⁶ Por comodidad, identifico como Suroeste a la región y culturas del suroeste norteamericano. Así, Suroeste es empleado como un término análogo al de Mesoamérica.

fue totalmente abandonada, dado que los contactos entre los distintos grupos se mantuvieron durante mucho tiempo generando un continuo lingüístico. Alrededor del 2500 a.C., mientras los hablantes de sonorense siguieron yendo al sur (sin perder los contactos con la gente de habla norteña), los de tákico mantuvieron su rumbo hacia el suroeste, separándose así del tūbatulabal-númico, cuyos hablantes se habían quedado en la esquina suroccidental de la Gran Cuenca. Por estos tiempos, el maíz llegó a las comunidades yutoaztecas a través de un corredor de sonorenses y nahuatlanos. Ya para el 2000 a.C., al mejorar las condiciones climáticas en la Gran Cuenca, los hablantes de númico se comenzaron a mover hacia el noreste. Para el 1200 a.C., los contactos entre las lenguas sonorenses y shoshones se rompieron y entre el 700 a.C. y el 1000 de nuestra era se dio la expansión y diversificación de las lenguas norteñas. En cuanto al fenómeno lingüístico, Hopkins (1965, p. 55) postula que, por ser cazadores-recolectores, mantuvieron durante un largo tiempo habla relativamente uniforme sobre una gran área.

Por su parte, Nichols (1981), al hacer una reconstrucción histórica de las lenguas yutoaztecas de California, propuso que el homeland del proto-yutoazteca se localizaba en el noreste de California o incluso en Oregon, emigrando hacia el sur de California y, finalmente, Manrique, concentrándose en las yutoaztecas sureñas, señala que alrededor del 2500 a.C., los hablantes de las dos lenguas yutoaztecas (el norteño y el sureño) poblaban Nuevo México, Arizona, Colorado y Utah. Mil años después, luego de venirse moviendo hacia el sur, los sureños habían alcanzado ya el sur de Sonora y Chihuahua, ocupando un gran continuo geográfico en la Sierra Madre Occidental y formando una cuña que dividió a las lenguas hokano-coahuiltecas (Manrique 1994, p. 72). Para el 600 a.C., el continuo yutoazteca sureño se siguió expandiendo, llegando hasta las costas de Jalisco, Colima y Michoacán y abarcando, para ese entonces, tanto la Sierra Madre Occidental (hasta Nayarit) como la faja costera (desde Sinaloa hasta Michoacán). En ese tiempo se dio también un movimiento hacia el oriente, hacia la Sierra Madre Oriental, llegando hasta el Golfo de México.

2) Para varios investigadores, la evidencia lingüística apunta hacia la cuenca del río Gila y la región de Arizona, Nuevo México, Sonora y Chihuahua como el homeland de los hablantes de proto-yutoazteca. Uno de los primeros en postularlo fue Romney (1957) quien, basándose en la reconstrucción de un pequeño léxico de flora, propuso la región del alto Gila, dado que la flora designada era exclusiva de esa región (Romney 1957, p. 39, *apud* Hopkins 1965, p. 52). Luego de realizar sus cálculos glotocronológicos, ubicó la ocupación hacia el 1000 a.C., señalando que la gente de habla tepimana fue la primera en separarse y que el resto se diversificó

gradatamente hasta aproximadamente el 1000 de nuestra era (*id.*). Para él, las evidencias léxicas también permiten inferir que la yutoazteca era una proto-comunidad agrícola.

Al mismo tiempo, Lamb (tomando los resultados glotocronológicos de Swadesh 1955) propuso que para el 3000 a.C. el proto-yutoazteca se comenzó a dialectalizar en su homeland, en la frontera entre Arizona y Sonora (Lamb 1958, p. 99). Alrededor del 1000 a.C. comenzó la diversificación de las lenguas norteñas en las sierras del sur de California y, entre el 500 y el 1000 d.C., las lenguas númicas, que ocupaban una pequeña área en la esquina suroccidental de la Gran Cuenca, cerca del Death Valley, su homeland (también Fowler 1972), comenzaron a migrar hacia el norte y el este.

Asimismo, Swadesh (1960 [1956], p. 90 y 1964, p. 550) localizó el homeland proto-yutoazteca en el noroeste de México y el Suroeste, donde comenzó su diversificación y expansión entre el 5500 a.C. y el 4000 a.C. y, basándose en la glotocronología, supuso que el territorio proto-yutoazteca tuvo una gran extensión durante mucho tiempo (Swadesh 1960 [1956], p. 90). Esto fue posible gracias a que era gente que combinaba el cultivo de milpas con la caza sobre grandes terrenos, siendo la agricultura (adquirida antes de su dispersión) la que produjo aumentos poblacionales y generó la expansión. Alrededor del 1000 a.C., los hablantes de habla cahuilla fueron los primeros en separarse y las lenguas norteñas rompieron contacto con las sureñas. Para el siglo I d.C., los proto-dialectos del shoshone se encontraban ya en la región de Nevada, desde California a Colorado, localizándose el tūbatulabal entre el hopi y el shoshone y más al este de su presente localización.

Más tarde, Gunnerson (1962), basándose en los cálculos glotocronológicos de Hale (1958), también propone la frontera de Arizona y Sonora como el homeland del proto-yutoazteca y correlaciona las lenguas con las culturas arqueológicas agrícolas. A la vez, empleando evidencia léxica, afirma que los hablantes de proto-númico eran agricultores desde el 2000 a.C., lo cual les permitió jugar un importante papel en el desarrollo cultural del Suroeste. Propone, asimismo, que en el 700 a.C. se dio la primera separación dentro de las lenguas norteñas, entre el hopi (que se dirigió al este) y el luiseno (que se fue al oeste), y que en el 400 a.C., la gente de habla tūbatulabal se movió al oeste, quedándose la de habla númica al norte del río Colorado, diversificándose y migrando más tarde.

Relacionando su reconstrucción del proto-yutoazteca con la distribución geográfica actual, Miller (1966) llega a la conclusión de que el proto-yutoazteca conformaba un continuo dialectal que tenía su "centro de gravedad" en la frontera de Arizona y Sonora. Habiéndose separado las lenguas sureñas de las norteñas, éstas se movieron primero hacia el norte,

formándose inicialmente dos grupos: el hopi-tákico y el tūbatulabal-númico y separándose más tarde el hopi de las tálicas. El hopi se dirigió al este mientras que las tálicas al oeste y, finalmente, algunas númicas se irían al norte y otras al este, separándose del tūbatulabal.

Goss (1968, p. 17) hace una revisión y evaluación de lo hasta entonces hecho y, tomándolo como una hipótesis, lo resume señalando que el homeland del proto-yutoazteca se localizaba en la frontera Arizona-Sonora (en la región histórica de los pimas) y que, alrededor del 3000 a.C., de acuerdo a la glotocronología, la proto-lengua se comenzó a dialectalizar. Los primeros en separarse fueron los coracholes y proto-nahuatlanos, quedándose los tepimanos y taracahitas en su homeland sonorenses (entre el 1500 a.C. y el 1000 a.C.). Más tarde, las lenguas norteñas se dividieron en dos, posiblemente en la frontera de Arizona y California y, después, las hopis se separaron de las tálicas expandiéndose hacia Arizona y el sur de Utah y Nevada, y las númicas, luego de quedarse un buen tiempo en la esquina suroccidental de la Gran Cuenca (en la frontera de California y Nevada), comenzaron a moverse hacia el norte y noreste alrededor del 1000 de nuestra era.

Goss confronta esta hipótesis con los resultados que obtiene al realizar un microestudio con algunas lenguas númicas, y empleando evidencia arqueológica, toponímica, de tradición oral y lingüística concluye que la hipótesis de Lamb (1958) es la más aceptable (Goss 1968, p. 33-34), aunque señala que falta hacer otros microestudios para tener un bosquejo más completo y sólido. Esto, porque su investigación le permitió hacer algunas precisiones a la historia de las lenguas norteñas. Así, luego de analizar su distribución lingüística, señala que el centro de gravedad de la dispersión de las lenguas norteñas fue el sur de California, en el área histórica del tūbatulabal (*ibid.*, p. 27), siendo el hopi el primer idioma que se separó, alrededor del 1000 a.C., dividiéndose los demás, en el 500 a.C., en tres familias: luiséñica, tubatulabálica y númica.

3) Sin embargo, más tarde el mismo Goss (1977, p. 22) piensa que lo más congruente con los datos sería localizar el homeland del proto-yutoazteca en la región intermontañosa occidental, es decir, donde las lenguas norteñas están actualmente, dándose, alrededor del año 2000 a.C., y como resultado de eventos desconocidos, una rápida diversificación lingüística, haciendo que los sureños emigraran hacia el sur y los norteños, tanto hacia el norte como hacia el oeste, quedándose los hopis básicamente en el mismo lugar.

4) Miller mantiene la idea de que el proto-yutoazteca fue un continuo dialectal generado porque sus hablantes eran cazadores-recolectores (y porque cada sujeto entraba en contacto con pequeños grupos lingüísti-

camente heterogéneos). Esto, hablando en términos de representación, minimiza el efecto de árbol genético y maximiza el efecto de onda, y más si se ocupa un territorio restringido y por largos periodos de tiempo (Miller 1984, p. 20). Sin embargo, y gracias a su trabajo lexicostadístico, ahora ubica su homeland en el área en la que hoy en día están los yumanos, proponiendo que el grupo sureño tuvo su homeland al sur de su ubicación actual, migrando hacia el norte gracias a la propagación de la agricultura.

5) Fowler, luego de correlacionar un conjunto de reconstrucciones de términos léxicos referidos a elementos etnobiológicos con sus proto-hábitats, postula que hace unos 5000 años el homeland del proto-yutoazteca fue una región boscosa localizada en el noroeste mexicano y parte del sur de California (Fowler 1983, p. 234). Las poblaciones eran cazadoras-recolectoras, pequeñas, móviles, e interactuaban constantemente entre sí (lo que generó un continuo dialectal) y, por la presencia de las palabras para *metate* y *atlall* en la gran mayoría de las lenguas, eran de tradición desértica. Tomando como punto de partida su información lingüística, señala que los datos léxicos apoyan (aunque con algunos huecos) una primera partición entre el yutoazteca norteño y el sureño (provocada muy seguramente por hablantes de proto-yumano). Supone, asimismo, que alrededor del 1000 a.C. (o tal vez un poco después), los hablantes del yutoazteca norteño se localizaban, juntos, al sur de la Sierra Nevada (*ibid.*, p. 230). Los hablantes de proto-númico habitaron el sur de California, en un ambiente montañoso, cerca del Valle Owens, y se expandieron debido a un incremento en la población asociado con periodos de sequía, mientras que los de proto-tákico, también desde una zona montañosa, emigraron hacia el desierto de Mojave.

Por su parte, los yutoaztecas sureños habitaron en las estribaciones de Sonora (*ibid.*, p. 242) y, por la evidencia léxica, ya comenzaban a tener acceso a zonas desérticas. Dado que toda la familia tepimana usa un término para *sahuaro* (exclusivo del desierto de Sonora), sugiere un movimiento no muy antiguo hacia el sur por parte de las lenguas tepehuanas, mientras que las otras lenguas sonorenses se dirigieron hacia la costa (separando el continuo tepimano).

6) Para Bellwood (1997, 1999) y Hill (2001a, 2001b), basando sus argumentos tanto en datos lingüísticos como arqueológicos, la comunidad de hablantes de proto-yutoazteca se localizaba, hace alrededor de 5600 años, en el México central (Hill 2001a, p. 916). Siendo agricultores y debido a un incremento demográfico, se dieron expansiones poblacionales y, dado que estaban "bloqueados" por otros agricultores (de habla proto-otomangue, proto-tarasca y, más al sur, de proto-mixezoque y proto-maya) se movieron hacia el norte a través del occidente mexicano. Esta

expansión se dio entre el 2500 a.C. (fecha en la que Hill acepta que surge el sedentarismo mesoamericano) y el 1700 a.C. (que corresponde con las primeras evidencias de maíz en el Suroeste), siendo posible gracias a que las comunidades hablantes de proto-yutoazteca conocían técnicas de riego que les permitieron generar un movimiento de *leapfrogging* (dando “saltos” a regiones idóneas, Anthony 1990), lo que significó un avance poblacional mucho más rápido. Esto permite pensar que el corredor migracional fue por los valles bajos más que por la sierra, originando una larga cadena dialectal en la que los contactos entre los diferentes grupos se mantuvieron durante mucho tiempo (por ejemplo, los ancestros de los hablantes de hopi mantenían contacto con los de cahita todavía en el 900 a.C.). Hacia el 500 a.C., la cadena se rompió dando origen a cinco lenguas: la proto-yutoazteca norteña, la proto-tepimana, la proto-tarahita, la proto-tubar y la proto-corachol-azteca. Esta última fecha se obtiene al correlacionar las evidencias arqueológicas del frijol y la inexistencia de una palabra proto-yutoazteca para *frijol*.

Para Hill y Bellwood, el registro histórico de muy contados casos en los que cazadores-recolectores se vuelvan agrícolas manteniendo su etnicidad y sus idiomas, la realidad lingüísticamente compleja de Mesoamérica y la ausencia de una organización social estatal que garantizara la homogeneidad lingüística son los garantes de su propuesta (Hill 2001a, p. 916). Sin embargo, el hecho de que las lenguas yutoaztecas se representen mediante un árbol estilo “rastrillo” (*rake-like*), es decir, un nodo materno y varios nodos hijas (en el que las relaciones entre las lenguas hijas es difusa o estilo red), representa, para Hill, un movimiento lento con un rompimiento gradual, mientras que para Bellwood es resultado de una dispersión rápida y a larga escala que se da de manera abrupta provocando que los subgrupos se aislen. Las evidencias de Hill son el léxico biogeográfico, la estructura subgrupal del yutoazteca, el vocabulario proto-yutoazteca relacionado con el cultivo, la información paleontológica, el uso del riego y las prácticas culturales proto-yutoaztecas (que sugieren una ideología religiosa que Hill identifica como de “flor-mundo”, en la que las metáforas que tienen como significante a la flor aparecen como elementos centrales de lo sagrado en las culturas del Suroeste; expresiones de esta ideología aparecen claramente en el Teotihuacan de los tiempos clásicos).

El proto-nahuatlano

Casi todos los investigadores consideran que sólo hay o dos o tres lenguas nahuas (náhuatl, pochuteco y pipil) y, en cuanto al homeland del proto-nahuatlano, hay cuatro posturas distintas.

1) Por basarse en trabajos glotocronológicos, la mayoría de los estudiosos que postulan el homeland proto-yutoazteca en la región norte de la Gran Cuenca tanto explícita como implícitamente sostienen la idea de un homeland proto-nahuatlano en Estados Unidos. Esto, porque los proto-nahuatlanos (en ocasiones incluyendo a los coracholes) son los primeros en separarse. Hopkins (1965), por ejemplo, asegura que esa separación se dio en el norte de Utah aproximadamente en el 2700 a.C. Asimismo, se considera a los hablantes de proto-nahuatlano como fundamentales en la llegada del maíz y de la agricultura al Suroeste.

2) Ni Swadesh ni Manrique definen claramente el homeland de los hablantes de proto-nahuatlano, sin embargo, para Swadesh (1960 [1956], p. 89), los dialectos nahuas comenzaron a diferenciarse después del siglo X a.C., antes de migrar hacia el sur, mientras que para Manrique (1994 y 1989b), la presencia de los hablantes de proto-nahuatlano en el centro de México se dio desde el Clásico (1994, p. 74), provocando, entre otras cosas, la separación de los otomíes de los mazahuas (allá por el año 400 d.C.) y más tarde también la del matlatzínca y ocuilteca (alrededor del 1000 d.C.) y la dialectalización del otomí (por el 1200 d.C., *ibid.*, p. 80).

3) Fowler ubica a los hablantes de proto-nahuatlano en el sur de Chihuahua, en el extremo sur del continuo lingüístico de las lenguas sureñas, señalando una migración hacia el sur vía la Sierra Madre Occidental, prestando que los términos léxicos que reconstruyen Campbell y Langacker (1978) sugieren una migración hacia zonas subtropicales (Fowler 1983, p. 245).

4) Por su parte, Kaufman (1974, pp. 48-49) piensa que el homeland proto-nahuatlano se localizaba cerca de Cora, en Nayarit, México. Del mismo modo, Dakin (2000 y 2001) y Canger (1988) y Canger y Dakin (1985), basando sus argumentos tanto en la distribución colonial del náhuatl como en el desarrollo de ciertos cambios fonológicos del proto-nahuatlano, señalan que en su homeland (localizado en la región Durango-Jalisco, Dakin y Wichmann, 2000, p. 58) se dio una primera división en dos grandes grupos: el oriental y el occidental. La gente de habla oriental fue la primera en migrar, dirigiéndose hacia el centro de México y, un poco después, hacia la Huasteca y la Sierra de Puebla y hacia el sur (Puebla, Veracruz, Tabasco, Campeche, istmo oaxaqueño, Chiapas, incluyendo el Soconusco y partes de Centroamérica, *id.*). Para Canger (1988) esta primera oleada fue gradual, asegurando (Dakin y Wichmann 2000, p. 67) que llegaron al centro de México posiblemente alrededor del 400 d.C., basando sus afirmaciones en un conjunto de préstamos nahuas donados a algunas lenguas mesoamericanas.

Más tarde, posiblemente en el siglo XII (*cf.* Canger 1988), los grupos occidentales (que se habían quedado en su homeland) comenzaron una segunda oleada de migraciones, dirigiéndose, unos, al centro de México (en donde no sólo entraron en contacto con gente de habla náhuatl oriental, sino que además la desplazaron) y otros hacia el sur, vía la costa del Pacífico (Nayarit, Colima, Michoacán), llegando al norte de Guerrero y, algunos, a Pochutla (Dakin y Wichmann 2000, p. 58). Uno de estos grupos nahuas occidentales fueron los mexicas.

Por otra parte, y con una lectura algo complicada, también Hill supone que el homeland del proto-corachol-náhuatl se localizaba en el noroccidente (Hill 2001a, p. 916), recordando que ella habla de un movimiento inicial hacia el noroeste, vía las planicies costeras. Finalmente, Hers (1989), a partir de investigaciones arqueológicas, propone que los tolteca-chichimecas (gente agrícola y fuertemente militarista) eran los hacedores de la cultura Chalchihuites (Durango, Zacatecas y Jalisco) y habitantes de La Quemada, que fue el Chicomoztoc mítico desde donde salieron dos grandes migraciones: una primera, que iría directamente hacia el sur, llegando rápidamente a Tula (en el 900 d.C.), y una posterior, la de los mexicas, que se dirigiría al centro de México rodeando por el Occidente. Su argumento principal es la presencia en el Cerro del Huistle de tres hechos culturales: un proto-Chac-Mool, unos tzompantlis y la arquitectura de espacios ceremoniales propios de una sociedad bélica que, por razones cronológicas, considera como originarios de la cultura Chalchihuites (1-900 d.C.). Para ella, no hay evidencias que permitan asegurar que entre los tolteca-chichimecas y Teotihuacan haya habido algún tipo de relación o contacto o que hayan tenido que ver en la caída de Teotihuacan. Es con el repliegue de la frontera norte mesoamericana y el colapso de la Mesoamérica marginal (de la que Chalchihuites era parte), que llegan y cofundan Tula junto con otros grupos (*ibid.*, p. 185).

Los nahuas y Teotihuacan

Mientras que para Hers los hablantes de náhuatl, al menos los que ella identifica como tolteca-chichimecas, no tuvieron nada que ver con Teotihuacan, para muchos autores no solamente habitaban Teotihuacan, sino que fueron un grupo importante. Para Manrique (1994, p. 75), tenían el poder, lo que permitió que su lengua se expandiera por varias regiones, desplazando a otros idiomas y estableciendo contactos lingüísticos de distinta intensidad y duración con otros más. Esta visión del náhuatl como lengua de poder y de prestigio explicaría la uniformidad de esta lengua.

Para Suárez (1995 [1983], p. 226), antes de la caída de Teotihuacan había hablantes de náhuatl en la ciudad, lo mismo que para Dakin y Wichmann (2000, p. 68), quienes afirman que la lengua más importante en Teotihuacan fue el náhuatl. Para estos autores, fueron los teotihuacanos los que enviaron grupos de habla pipil a conquistar el Soconusco para controlar la producción del cacao (*id.*), convirtiéndose esta región en el homeland de los hablantes de pipil en el Clásico, siendo un enclave económico y militar muy importante. En cambio, tanto Suárez (1995 [1983], p. 226) como Manrique piensan que los hablantes de pipil migraron hacia Centroamérica después de la destrucción de Teotihuacan a través de la parte sur de la costa del Golfo (entre el 600 y el 800 d.C.), llegando y dominando, alrededor del 1000 d.C., el sur de Guatemala y provocando, entre otras cosas, la separación del pocomam del pocomchí. Por su parte, Kaufman (1974, pp. 48-49) postula que el pipil se separó del náhuatl entre el 900 y el 1000 d.C., ocupando regiones de la costa del Golfo, partes de Guatemala y la costa del Pacífico en El Salvador y Nicaragua, incluyendo algunos grupos toltecas que llegaron a Yucatán, resultado o de conquistas o de colonización.

Asimismo, investigadores dedicados a descifrar la escritura teotihuacana (King y Gómez Chávez s.f.) han propuesto, con base en sus resultados glotocronológicos y en la asignación de valores sonoros o léxicos a los glifos de La Ventilla, que el proto-nahuatlano es la lengua que aparece representada en la escritura teotihuacana (s.f., p. 11).

En cuanto al pochuteco, Kaufman (1974, p. 48) supone una separación alrededor del 500 d.C., mientras que Suárez (1995 [1983], p. 226) la ubica alrededor del 400 d.C. Manrique (1994), por su parte, piensa que fue en el 400 d.C. cuando llegan a las costas del sur de Oaxaca. Tanto Kaufman (1974, pp. 48-49), de manera explícita, como Manrique (1994, p. 77), implícitamente, responsabilizan a los hablantes de proto-nahuatlano de la caída de Teotihuacan.

COMUNIDAD SOCIAL: CONCRETA E IMAGINARIA

En estos breves bosquejos históricos saltan a la vista varios problemas, desde los exclusivamente lingüísticos (de identificación y clasificación genética de las lenguas y de glotocronología) hasta los que están relacionados con la migración o expansión poblacional, homeland, velocidad y características de movimiento, etc. Cada uno de éstos merece algún comentario, pero antes de hacerlo es necesario precisar un concepto esencial para ubicar tanto las críticas como las propuestas: el de *comunidad*.

Es claro que no se puede hacer una reconstrucción histórica de las lenguas sin relacionar los fenómenos lingüísticos con los sociales. Sabemos que la naturaleza y realidad de toda lengua es su puesta en escena en situaciones dialógicas, que antes de ser dialógicas son interacciones sociales en donde todo individuo está sujeto a normatividades sociales particulares (quiénes hablan, de qué pueden hablar, en qué contextos, con qué finalidades, de qué manera). Por ello, los hablantes, además de platicar, reproducen diferentes prácticas sociales (identitarias, cognitivas, normativas, estéticas y afectivas). Todo esto se materializa, entre otras cosas, en un conjunto de formas de hablar diferentes (por generaciones, por sexos, por actividad, por especialidad, por espacios sociales o físicos) y por valoraciones de usos y usuarios que son sancionadas y legitimadas por las normas lingüísticas que no son sino manifestaciones concretas de normatividades sociales.

Y todo esto sucede en la comunidad, en el ámbito social por excelencia donde ese universo prescriptivo lingüístico y social se recrea. La comunidad (concepto que no equivale ni a pueblo ni a un determinado territorio) es la unidad social básica en la que los sistemas de poder y de control social son los que establecen sus límites de acción y a través de la cual circulan los sistemas de significaciones, siendo definida, a la vez, por el conjunto de espacios sociales simbolizados y recreados por los sujetos en la práctica de sus interacciones (véase Medina 1983, 1988; Hudson 1981, Anderson 1983, Gadet y Pêcheux 1984 [1981] y Pratt 1989).

Por lo regular, todo sujeto se mueve dentro de dos tipos de comunidades: las *concretas*, caracterizadas por que la gran mayoría de las interacciones sociales son cara a cara y generan redes comunicativas muy densas, y las *imaginarias*, en las que no se conoce a la mayoría de sus miembros y ni siquiera se ha oído hablar de ellos. Lo que distingue a los dos tipos de comunidades es el modo en que se imaginan y las formas en que sus sujetos se autoadscriben y excluyen a los otros.

La existencia de comunidades aisladas es un fenómeno altamente marginal; lo normal es la interrelación de diversas comunidades de muy diferentes grados de complejidad que pueden o no compartir espacios o regiones. Esto significa que en un mismo territorio conviven por lo regular grupos con grados de asimilación, integración o conflicto diferentes, y que todo sujeto y grupos de sujetos pertenecen, al mismo tiempo, tanto a comunidades concretas como a imaginarias. Pero es la concreta la que determina qué lenguas se hablan, qué valores se les asocian e, incluso, cómo se articulan con las pautas reales o imaginarias generadas por los aparatos de las comunidades imaginarias. En este sentido, cada comunidad concreta tiene su propia lengua o *comunalecto* (cf. Bellwood 1978, p.

(10) y un conjunto de prácticas simbólicas asociadas a ella. La postura que se sigue en este trabajo es que cada comunalecto es una *lengua*, siendo una de las tareas de la lingüística el analizarlas y no, necesariamente, identificarlas.

Veamos un simple ejemplo. Actualmente existe un conjunto de comunidades que se identifican como totonacas porque hablan, además de español, totonaco. Desde el punto de vista lingüístico, hablar de las características de la lengua totonaca implica cierta complejidad debido tanto al gran número de comunalectos como a la diversidad normal y natural de sus sociolectos y registros. Entonces, ¿cómo saber que el idioma que se habla es totonaco? Tomemos el caso de Caxhuacán, que antes que ser una comunidad totonaca o poblana o mexicana (o campesina o rural o lo que se quiera) es la comunidad de Caxhuacán. Sus límites, en constante negociación, son reconocidos por los comuneros que, entre otras cosas, determinan, conflictivamente, qué lengua hablar, dónde y cuándo. Que las hablas que se reproducen en Caxhuacán sean semejantes a las de Coatepec y Huehuetla es resultado de la abstracción del trabajo lingüístico, por un lado, y por otro, de la inserción de Caxhuacán en distintas comunidades imaginarias, respondiendo esto a estrategias, razones, causas y consecuencias muy particulares y específicas, reproducidas en los entornos dentro de ámbitos simbólicos y discursivos propios de toda comunidad imaginaria. Dicho de modo tajante: sus semejanzas y diferencias (cualesquiera que éstas sean) con relación a las otras comunidades son esencialmente de dicho, no de hecho.

Relación entre comunidad, prácticas lingüísticas y movimientos humanos

Una de las características de toda comunidad es su movilidad, y aceptando que son las condiciones sociales (más que cualesquiera otras) las que la determinan, es necesario reconocer, entre otras, tres variables, no excluyentes, que diferencian los movimientos. La primera es la *ciclicidad* (propia, mas no exclusiva, de los grupos nómadas), la segunda es su *relación con el hábitat original* (la cual puede ser nula, es decir, que el homeland se haya abandonado totalmente —que es lo que supuestamente hicieron los hablantes de pochuteco al irse a la costa de Oaxaca o los totonacos en el modelo de Manrique o los huastecos en el de Kaufman—, o continua, es decir, manteniendo los contactos) y la tercera es la *constancia* del movimiento. Se han propuesto dos tipos básicos de desplazamiento: el de *difusión démica*, caracterizado por una migración sostenida debida a un aumento poblacional causado por una ventaja cultural, migración que al paso de un tiempo relativamente corto abarcará una enorme área (cf.

Ammerman y Cavalli-Sforza 1973 y Cavalli-Sforza 1994), y el de *leapfrogging* (Anthony 1990), cuya característica principal es la de ser irregular, dependiendo de la permanencia en zonas adecuadas para la sobrevivencia y luego "saltando" a otra no necesariamente contigua (éste es el que Hill y Bellwood proponen para explicar la expansión demográfica de los hablantes de proto-yutoazteca). Las consecuencias sociales y lingüísticas de los diferentes movimientos son muy distintas, por ello, es necesario comentar brevemente cinco de las prácticas sociales más relevantes para la historia lingüística (el modo de vida, el comercio, el control estatal, la religión y la agricultura), dando especial atención a la dimensión lingüística.

Nomadismo y sedentarismo

Sabemos que el nomadismo está asociado a modos de producción basados en la cacería, la pesca, la recolección y el pastoreo y a formaciones sociales básicamente igualitarias, mientras que el sedentarismo, por su parte, lo está a la agricultura y, en lo fundamental, es característico de las formaciones sociales en donde la estratigrafía social se presenta de manera más clara. En términos de organización social y de relaciones sociales de producción, la diferencia entre ambas prácticas es significativa, por mencionar algunas: los patrones de habitación (campamentos contra aldeas o ciudades), el desarrollo tecnológico (infraestructura y fuerzas productivas), las formas de organización social (familia, clan, tribu, micro o macrobanda, barrio, etc.) y la circulación de saberes y textos culturales.

En las bandas nómadas (incluyendo su dinámica de inserción-exclusión tribal)⁷ y en las microaldeas, las interacciones sociales que se recrean son, la gran mayoría de ellas (si no es que todas), cara a cara, teniendo como ámbitos escenarios sociales poco diferenciados, tanto en lo cuantitativo (baja densidad demográfica) como en lo cualitativo (división del trabajo, baja diferenciación social fundada en unidades domésticas, clanes o bandas y formas de control y sanción directas), lo que genera redes comunicativas muy densas (porque la mayoría de los sujetos conoce las condiciones de producción, circulación y consumo de los discursos y los textos culturales). Y justamente por eso último se puede hipotetizar que se favorece la circulación de innovaciones, saberes y normas permitiendo su distribución por amplias áreas geográficas.

Por el contrario, las formaciones sociales sedentarias, por darse en un amplísimo espectro de niveles de urbanismo (desde las aldeas medianas

⁷ Es decir, la relación entre las microbandas y las macrobandas y, a su vez, con las tribus (cf. Nichols 1990).

hasta la elevada complejidad de los estados), conformarían comunidades imaginarias, en donde la estratificación en clases, grupos y gremios genera una fuerte inmovilidad de determinados sectores (por ejemplo, de las mujeres) y una gran movilidad de otros (sería el caso de los comerciantes y gente relacionada con el control político y militar: burócratas y ejército). Sus estrategias de desplazamiento tendrían muchas facetas y características. Esto, sin olvidar que las relaciones entre nómadas y sedentarios fueron una constante y que, en términos reales, es muy probable que hubiera nómadas con pequeños estadios de sedentarismo así como pequeñas (e incluso medianas) aldeas que mantuvieran prácticas nómadas, aceptándose, hoy en día, que el cambio de vida nómada a sedentaria fue más factible que el tránsito inverso (cf. Cavalli-Sforza, 1994).

En cuanto a las prácticas lingüísticas, es pensable que las sociedades nómadas tiendan y hayan tendido hacia la convergencia, ya que existen las condiciones sociales suficientes para garantizar tal proceso, mientras que en las sedentarias, y siendo proporcional a su tamaño, las prácticas tenderían (y tienden) a un conflicto entre la divergencia (por formar parte de comunidades imaginarias y ser marcada la diferencia entre los espacios sociales públicos y privados) y la convergencia (por la eficacia de las políticas estatales e institucionales). Los espacios públicos son los escenarios por excelencia de las luchas sociales (incluyendo las ideológicas y simbólicas); en ellos, la lengua juega un papel fundamental, tanto en el nivel de universos significantes como en pautas o estrategias identitarias y normativas, y las distintas políticas del lenguaje se enfrentan. Bellwood (1997) sostiene que el papel que juega el Estado en procesos de homogeneización lingüística es alto; sin embargo, además de ponderar tanto el desarrollo de las instituciones estatales como el conjunto de las prácticas de control, se debe insistir en la significancia de los espacios públicos y privados, ya que la mera existencia del estado no garantiza ningún proceso de homogeneización, sea lingüística, cultural o de cualquier otra clase.

Comercio, intercambio y distribución

Las prácticas sociales que obligan a la interacción social con movimiento de bienes, personas y significados son el comercio, el intercambio y la distribución. De manera simple, en la investigación arqueológica la presencia de objetos, materias y estilos (de todo tipo) en "lugares no esperados" puede ser explicada como resultado de relaciones comerciales, ya sea de manera directa o indirecta. Los movimientos y prácticas comerciales y de intercambio fuerzan las relaciones diferenciadas y, por lo regular, especializadas en las que la cantidad de sujetos participantes y roles es bastante diversa.

Es altamente significativa no sólo la aparente presencia de zapotecos en Tlailotlacan (el barrio oaxaqueño de Teotihuacan), sino su número, unos 700 (Spence, White y Longstaffe 2005). También lo son los rasgos teotihuacanos en Monte Albán y Kaminaljuyú, los mayas en Cacaxtla y la gran extensión de la olmequización. También la presencia en varias zonas mesoamericanas del ámbar (originario de Chiapas), de la turquesa (oriunda del Suroeste), de distintos tipos de obsidiana (cuyas minas estaban, unas, en Hidalgo, otras en Veracruz y otras en Guatemala), de conchas y caracoles marinos en el Altiplano y de la guacamaya roja (propia del Golfo de México) en Casas Grandes, Chihuahua, por citar apenas unos cuantos. Basta con leer a Sahagún (*Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro IX) para entender que las prácticas comerciales, al menos las de los pochtecas, estaban íntimamente relacionadas con el gobierno y con actividades y estrategias militares.

En cuanto a las prácticas lingüísticas, los contactos comerciales o de intercambio son escenarios potenciales de bilingüismo, mas no garantizan de ello, dado que se caracterizan por ser de muy diversos tipos y de involucrar de manera diferente a la gente. Sin embargo, los sistemas de pesos y medidas, las estrategias discursivas y la trascendencia cognitiva de la interacción (es decir, la relación con los nuevos objetos y necesidades) son tres de los hechos asociados con la lengua que no se deben de perder de vista.

Desplazamientos por control y dominación

Este tipo de prácticas es el que mayores consecuencias demográficas genera, porque tanto el grupo que agrede como el que es agredido promueven estrategias sociales y culturales claramente diferentes. Esto implica que sus formas de organización estén íntimamente determinadas por los roles que jugarán en ese tipo de relación. Las culturas y economías de guerra y agresión implican, a su vez, el surgimiento y reproducción de culturas y economías de resistencia activa (defensivas u ofensivas militarmente, incluyendo movimientos poblacionales) y la mal llamada "pasiva" (alianzas, supuesta neutralidad y cesionales). Parte de las prácticas estatales o de autoridad dependen de la existencia de instituciones relacionadas con la milicia (educativas, religiosas y políticas), incluyendo la de los aparatos encargados de asegurar los consensos que faciliten el reclutamiento, la aceptación y el reconocimiento, tanto de las justificaciones, motivos y métodos como de los sujetos, infraestructura y parafernalia, pasando, por supuesto, por las estrategias y negociaciones intra e interestatales para asegurar el mantenimiento y el libre tránsito del grupo agresor o coloni-

por los caminos no controlados por él. En todo esto, la lengua juega roles fundamentales.

Un extremo de este tipo de prácticas es el exterminio de determinado grupo. Exterminio que puede ser físico o cultural y social. Uno de los casos más llamativos es el supuestamente sucedido en Alahuiztlán (al norte de Guerrero), en donde el tlatoani Ahuizotl provocó la muerte de 42 000 personas (cf. Barlow 1948, p. 188) y el posterior repoblamiento de esa y otras dos comunidades vecinas con nueve mil familias traídas desde varias regiones (cf. Harvey 1967, pp. 9-10).

En el ámbito de lo lingüístico, esto significa que las prácticas de control y dominación repercuten tanto al interior como al exterior de determinada comunidad. Al interior, porque por lo regular un ejército o una milicia cuenta con miembros que no necesariamente pertenecen al mismo grupo social o comunidad, existiendo reclutamiento voluntario o forzoso, duradero o temporal, y al exterior, porque existe un conjunto de instituciones y aparatos no militares encargados de mantener las relaciones de sujeción y control: emisarios, embajadores, cobradores de tributos, matrimonios políticos, etc., cuyos efectos lingüísticos irían desde situaciones silentes (en donde las lenguas nada tienen que ver) hasta políticas de integración lingüística pasando por bilingüismos sectoriales (de los grupos de elite, embajadores o recaudadores).

Uno de los casos más ilustrativos por los costos sociales (y lingüísticos) que tuvo este tipo de prácticas fue la conquista del Soconusco por parte de los mexicas (a finales del siglo xv). Ello implicó, por un lado, mover al menos un ejército (compuesto, según Ixtlilxóchitl 1985 [1892], por gente de Tetzaco —dominantemente de habla náhuatl— y de provincias aliadas, posiblemente incluyendo hablas otomianas, cf. Barlow 1992, p. 138) a través de casi mil kilómetros, cruzando varias regiones (tanto bajo su control como fuera de él) y asegurando el mantenimiento y seguridad de la gente (tanto en la incursión militar como durante el tránsito de tributos y gente) y, por otro, defender, mediante negociación, persuasión o sojuzgamiento, los caminos que llevaron la guerra y el control y que trajeron, además, objetos e ideas de aquellos lugares. El camino fue vía sur de Veracruz, noreste de Oaxaca, istmo y costa de Chiapas (es decir, por lugares en donde vivía gente de habla mazateca, chinanteca, zapoteca, mixe, zoque, tapachulteca y posiblemente tzotzil, tzeltal y mam).

Peregrinaciones o movimientos cíclicos

Las peregrinaciones o movimientos cíclicos, tanto de orden familiar como comunitario, no pueden considerarse como accidentales, no re-

presentativos o como exclusivos de los tiempos actuales o coloniales, ya que varias fuentes los mencionan y algunas investigaciones arqueológicas los sugieren. Según las fuentes, por ejemplo, varios grupos que habitaban lo que ahora es el centro de México peregrinaban regularmente hacia el norte, hacia la tierra de los chichimecas (Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro X, cap. 29, párr. 14). Asimismo, gracias a una gran cantidad de investigaciones (entre ellas, las químicas) se ha logrado saber que durante el Clásico, los niños recién nacidos, en el barrio zapoteco de Teotihuacan (y por ello, supuestamente oaxaqueños), se trasladaban temporalmente en su primera infancia a alguna región afuera de Teotihuacan. Y dado que los niños salían antes del destete, se infiere que el viaje también lo realizaban sus madres (Spence, White y Longstaffe 2005).

Prácticas agrícolas

Finalmente, el tema de la difusión de la agricultura es uno de los más importantes en la historia de Mesoamérica y áreas vecinas. Existen dos posturas contradictorias que involucran, a su vez, dos fenómenos concomitantes para explicar la presencia tardía de la agricultura en el Suroeste: por un lado, aquella que defiende la idea de que los pueblos nómadas, al estar en contacto con grupos agrícolas, se volvieron sedentarios por la adopción de técnicas campesinas y, por otro, la que asegura que no hubo tal cambio, sino que lo que se dio fue un movimiento de los campesinos hacia tierras antes habitadas por nómadas. Las consecuencias de ambas posiciones son significativas, ya que la primera de ellas necesita de la existencia de procesos de mesoamericanización, mientras que la segunda, de la expansión de gente mesoamericana a expensas de o en simbiosis con grupos nómadas. Es claro que una cosa es el desarrollo evolutivo (el paso del nomadismo a la agricultura) y otra, el cambio vía contacto o adaptación (dejar de ser nómadas para volverse campesinos o viceversa), así como los procesos de asimilación (cuando al dejar de ser nómadas, por ejemplo, se pierden las particularidades culturales y se vuelven parte del grupo que los asimila) y los de adaptación (cuando un grupo agrícola, por ejemplo, se ve en la necesidad de dejar de serlo debido a razones básicamente climáticas).

En cuanto a lo lingüístico, el léxico es un reflejo importante, pero no sólo en cuanto a la función referencial (nombrar los granos, por ejemplo), sino al sistema cognitivo del cultivo en conjunto. Esto es, el universo de predicados, argumentos y referentes asociados exclusivamente a la práctica agrícola.

PROBLEMAS LINGÜÍSTICOS

teniendo en mente todo lo anterior, los principales problemas lingüísticos que se observan en los trabajos de reconstrucción de la historia de las lenguas son cinco: la identificación de las lenguas, su relación con lo étnico, la clasificación genética, el fechamiento y, tal vez el más complicado, la identificación de *efectos* lingüísticos de contactos sociales y adaptación (prestamos, calcos, interferencias e innovaciones), así como la determinación de su direccionalidad y su temporalidad (*cf.* Suárez 1995 [1983]).

Problemas de identificación de lenguas

En cuanto a las tareas de identificación idiomática, por lo regular se mencionan dos problemas: *a)* los fenómenos fronterizos (entre lenguas y dialectos) y *b)* los de la ponderación y jerarquización de los criterios y de elementos diagnósticos (porque, como en toda ciencia social, el punto a definir es qué tan diferente se necesita ser para ser diferente). Desde mi punto de vista, ambos se resuelven considerando, por un lado, las variables propiamente sistemáticas o gramaticales y, por otro, su realidad comunalectal, es decir, su ubicación espacio-temporal (o variables externas), tomando en cuenta que éstas sirven como identificadores comunitarios (independientemente del nombre que reciba la lengua).

Para mí, que se asegure que sólo hay dos lenguas totonacas es resultado de un error metodológico básico: permitir que el nombre (variable externa) se imponga por encima de los criterios puramente lingüísticos. En principio, en el caso americano, se debería aceptar que todo comunalecto es una lengua y, sólo si es relevante, reunirlos en una denominación común atendiendo al grado de semejanza estructural lingüística (aunque no necesariamente coincida esto con su realidad imaginaria). Veámoslo más concretamente. La lengua identificada como totonaca se habla, por ejemplo, en cinco comunidades: Caxhuacán, Coatepec, Huehuetla, Papantla y Cazones. Esto significa que se tienen, en realidad, cinco comunalectos: el caxhuacán, el coatepec, el huehuetla, el papantla y el cazones. Dialectalmente, los tres primeros pertenecen a la subárea central-sur, mientras que los dos últimos al área de Papantla (García Rojas 1978) aunque, según los resultados de inteligibilidad dialectal (Egland 1978), los dos primeros conforman una misma agrupación, los dos últimos otra y Huehuetla forma una aparte. Entonces, ¿para qué afirmar que se trata de la misma lengua?

Por principio metodológico, todo idioma, en especial aquel que se reproduce básicamente en comunidades concretas (que, en el caso de México, son las llamadas lenguas indígenas), debería ser considerado en

sí mismo, determinando su temporalidad y espacialidad. Así, si se tiene un material lingüístico, por ejemplo, el *Arte de la lengua totonaca* (Zambrano 1752), cuyo lugar de elaboración fue Naolingo, se debe tomar como una muestra de una lengua que se podría identificar (dado que ningún idioma tiene nombre inherentemente) como totonaco naolingo de 1752 (independientemente de que los estudios lingüísticos luego puedan sugerir algo más en cuanto a su filiación).

De hecho, el eje temporal debería obligar a reconocer la existencia de lenguas diferentes a las actuales aunque se llamen igual. Ese totonaco descrito por Zambrano (1752) debe ser visto y entendido como una lengua diferente a cualquier otra del presente simplemente porque es colonial (y esto, en términos históricos y sociolingüísticos, implica realidades complejas y diferentes). Un caso semejante es el del náhuatl llamado clásico (o el de los tiempos coloniales). Esta lengua ejemplifica mejor la ignorancia de la variable temporal, manifiesta en el hecho de que se sigue considerando al náhuatl clásico, no solamente como una variante homogénea (a pesar de que desde hace tiempo se ha hablado sobre sus diferencias dialectales, cf. Sullivan y Dakin 1980), sino como el paradigma de la lengua náhuatl actual (a tal grado que hay investigadores que dicen hablarla). De hecho, y simplemente por razones de rigor sincrónico, las dos lenguas mencionadas en este párrafo son, ahora, lenguas muertas.

Entreverado en esto último, aparecen otros dos problemas: el primero, analizar las lenguas a partir de documentos y textos (escritos en papel, durante la Colonia, o en otros materiales, en tiempos precolombinos) y, el segundo, que más que ser lingüístico, es etnohistórico, el identificar idiomas a partir de lo que se dice de ellos en las fuentes escritas (no en las gramáticas o vocabularios). Para el primero, la misma lingüística tiene un cuerpo conceptual que permite su tratamiento, mientras que para el segundo, además de ser una tarea harto aventurada (mientras no haya suficiente material lingüístico, a pesar de lo ambiguo que es "suficiente material"), queda por fuera del campo de la lingüística. Desde el nombre de la lengua referida, hasta nociones como igual, semejante, diferente, se entiende, corre, habla y lengua propia (entre muchas otras), son difícilmente asibles desde la lingüística. En este caso, debe quedar claro que los datos son históricos, no lingüísticos.

Y, finalmente, el problema que considero vital en cuanto a la identificación de las lenguas y que, curiosamente, no es lingüístico, es el de la visión que tienen los especialistas del fenómeno social y lingüístico. Y aunque este último no responde a criterios objetivos, sí se materializa en la inexistencia de acuerdos o bases comunes para crear lo que se podría llamar "nuevo conocimiento", o sobre el alcance de los distintos fenóme-

nos y hechos lingüísticos. Y esto no sólo se refleja en la postura de algunos lingüistas que defienden o atacan realidades dialectales (por ejemplo, si el *otomí* y el *mayo* son dos lenguas diferentes o si el *pochuteco* es un dialecto del náhuatl) o en la efectividad de la glotocronología, sino que incide en las clasificaciones lingüísticas, cosa que, por necesidad, repercute en los trabajos históricos (por ejemplo, la posición del huastecano o las relaciones "lejanas", por citar algunos casos). Contra este problema simplemente no hay defensa.

Identidad de la lengua con grupo étnico

Es cierto que los hechos del lenguaje están relacionados con ciertos hechos de la sociedad, de la cultura y del pensamiento, pero no es cierto que hablar de la distribución e historia de una lengua equivalga a hablar de la historia y distribución de determinado grupo étnico. En este sentido, al asociar a determinados rasgos arqueológicos una etnicidad y, además, una lengua, es un doble salto acrítico: el primero por identificar un conjunto de rasgos de cultura material con un grupo étnico y el segundo, una lengua con un grupo étnico. La trampa es el *nombre*. Ni la lengua ni el grupo ni su cultura tienen nombre inherentemente. Lo social y lo lingüístico son dos realidades decididamente diferentes y las razones para nombrarlas responden a estrategias muy (pero muy) distintas. El nombre, por lo regular, oculta, niega e ignora tanto las diversidades que existen al interior de cada lengua o grupo nombrado, como a los nombradores y a las necesidades a las que responden. *Otomí* o *nahñú* son dos etiquetas que no garantizan ni que todas las maneras de hablar designadas con ellas sean *otomíes* o *nahñú*, ni que sólo las así nombradas lo sean, ni tampoco son señal inequívoca de que las personas así designadas pertenezcan objetivamente a determinado complejo o grupo cultural o formación social. En realidad, no se tiene ninguna garantía de que *otomí* y *nahñú* sean sinónimos. Todo nombre es parte de las estrategias discursivas de adscripción, de identidad o alteridad (y, por ello, ideológicas) de algún grupo de sujetos sociales.

El hecho de que la condición misma de toda lengua es que sea empleada, resignificada y actuada por gente cuya realidad es social y cultural no significa que se instituya como su rasgo identitario. Hacer referencia a hablantes de *otomí* y a su historia lingüística no significa hablar de la historia del grupo étnico *otomí*. Ya se dijo arriba que la lingüística tiene sus propias herramientas para intentar determinar lo que es un idioma (en este caso, el *otomí*), pero carece de los recursos para saber lo que es el ser *otomí*, tanto como grupo étnico como pueblo (pensar que decir que "equis grupo habla *otomí*" es identificarlo es totalmente absurdo). Por ello, el equiparar

lenguas con pueblos o culturas o con rasgos arqueológicos es una práctica altamente acrítica. Saber que un idioma se hablaba en equis lugar simplemente significa que había hablantes de él en ese lugar, pero no que eran miembros de determinado grupo o etnia o que poseían una particular cultura. Por ejemplo, denominar a los habitantes de la costa chiapaneca durante el Formativo Temprano como mokayas es un recurso coherente en la medida en la que se etiqueta una cultura arqueológica. Hipotetizar que esos mokayas hablaban mixe-zoque será coherente en la medida en la que se haga referencia a entidades históricas —entendiendo que ese idioma tiene una relación diacrónica con las actuales lenguas mixe-zoques— (aunque una aseveración como “entre los mokayas pudo haber gente que hablara proto-mixe-zoque” sería una expresión más adecuada).

Me explico: si el cacicazgo mokaya de Mazatán (en la costa de Chiapas) albergaba, alrededor del 1200 a.C., a unas 400 personas, es pensable y sostenible que fuera una comunidad concreta y, de ser monolingüe, se hablaría en ella un comunalecto (que se podría etiquetar como proto-mixe-zoque de Mazatán). También es pensable que, en una de sus aldeas “subordinadas” (llamémosle A1), cuya población fuera mucho menor, se hablara otro comunalecto. De principio, este comunalecto (que podría ser proto-mixe-zoque de A1) no sería el mismo que el de Mazatán, a menos que se tuviera bien en claro qué tipo de relaciones comunitarias existían entre A1 y Mazatán. Si aceptamos que, efectivamente, Mazatán y cada una de sus pequeñas aldeas conformaban una comunidad, es factible identificar al idioma como proto-mixe-zoque de Mazatán. Pero de ahí a afirmar que los olmecas hablaban mixe ya es un sinsentido debido a dos simples razones: *a)* no se sabe qué características lingüísticas tenía ese mixe hablado hace 3400 años y *b)* no se sabe lo que era el ser olmeca. Se podría agregar otra razón: la indemostrabilidad del hecho, puesto que yo puedo *asegurar* que algunos olmecas hablaban proto-mixe-zoque, otros, proto-huasteco, otros, proto-zapoteco, otros, proto-tequistlateco y otros, incluso, proto-yutoazteca, ¿y?

De hecho, el problema fundamental es la indefinición de lo étnico y su manejo bastante laxo y “conveniente”. Por ejemplo, según algunos estudios arqueológicos, en el valle de Toluca había, durante el Posclásico (1100 d.C. a 1500 d.C.), tres regiones caracterizadas, cada una, fundamentalmente, por un determinado complejo cerámico. Como se asume, de manera acrítica, que en el siglo XVI había tres grupos étnicos cuyas distribuciones, de cierto modo, coincidían con las de los complejos cerámicos, la solución fue sencilla: se asoció cada complejo cerámico con cada grupo étnico (y lengua) (*cf.* Sugiura 1998). ¿Qué evidencias se tienen para sostener que en el siglo XVI —y en qué años— había tres grupos étnicos?

Veamos otro caso. Pensemos que estamos trabajando en el actual estado de Chihuahua, en el sitio arqueológico de Casas Grandes. Afirmar que en el siglo XIII los habitantes de Casas Grandes eran conchos (porque se sabe, por las fuentes coloniales, que ellos muy seguramente lo poblaban durante los siglos XVI y XVII) es una aseveración, en principio, cuestionable, debido a tres razones: *a)* la variable tiempo, *b)* la inexistencia de diagnósticos culturales que identifiquen a lo concho, y *c)* el desconocimiento del referente concho: ¿era un grupo, una tribu, una unidad política o una lengua? Se sabe que en 1684 el cabecilla de los conchos era de la tribu mamita y que gobernaba, entre otros, a los guamichicoramas, baopapas y ohomes (Sauer 1998 [1934], p. 168). ¿Qué significaba ser concho?

Por lo disímil de la información y de las variables involucradas, buscar similitudes u organizaciones sociales es un salto totalmente intuitivo y acrítico, simplemente porque no se tiene ni la menor idea de qué significaba, por ejemplo, en los dos casos apenas expuestos, ser matlatzínca o ser concho.

Problemas de filiación lingüística y fenómenos de área

El tercer problema (y quizás el más serio) es la incapacidad actual de llegar a acuerdos sobre la clasificación y filiación lingüísticas. No se pueden negar los grandes avances logrados en estos campos, pero tampoco se puede ignorar que mucho de lo que queda por hacer es, incluso, revisar dichos logros. Porque, si bien es cierto que la lingüística como disciplina tiene sus propios recursos y exigencias teórico-metodológicas para moverse en el tiempo, y que en cuestión de historia maneja sus propios principios y postulados para describir, analizar y explicar la evolución de las diferentes lenguas, también es cierto que los resultados no son los esperados, en especial por la existencia de inconsistencias y contradicciones. Y el problema no se centra sólo en la forma de ver el fenómeno genético de las lenguas (materializándose esto en el empleo ya sea del modelo de árbol, de ondas o de red, cuyas repercusiones en lo lingüístico y lo histórico de por sí ya son significativas), sino en la escasez de material con la que se ha trabajado y, por lo regular, la poca profundidad: no se puede comparar el trabajo que se ha hecho de las lenguas mixe-zoques (Wichmann 1991, que trabaja con 35 lenguas) con el realizado en las tonacas (Arana Osnaya 1953, con 4 lenguas), ni el de las nahuas (Campbell y Langacker 1978, con 6 lenguas, o Dakin 1982, con 12) con el del proto-zapoteco (Fernández de Miranda 1995, con 7). Y a esto hay que sumarle la falta de espacios (y de voluntad) de discusión en donde las distintas posiciones se puedan confrontar.

A la par de esto, también es clara la insuficiencia de los estudios sobre los fenómenos de contactos lingüísticos materializados tanto en préstamos léxicos como en calcos e interferencias. Aunque los trabajos de Kaufman, Smith, Justeson, Wichmann y otros van encaminados en esa dirección, aún son muy pocos y, muchos, bastante endebles. Ya Suárez (1995 [1983]) advirtió sobre la necesidad de definir claramente los tiempos y direcciones y Wichmann (1998) ha evidenciado las debilidades de muchos de los propuestos.

Del mismo modo, las investigaciones sobre áreas lingüísticas son insuficientes. No solamente porque existen exageradamente muy pocas, sino que las que más llaman la atención son las que toman como área cultural y lingüística a Mesoamérica (Kaufman 1973, Campbell 1985, Campbell, Kaufman y Smith-Stark 1986 y Smith-Stark 1990, entre otros) o a las tierras bajas mayas (Justeson *et al.* 1985), cosa que, por supuesto, no los cuestiona, pero falta determinar bien a bien en qué medida Mesoamérica es vista como un área cultural y no como un territorio. A la par de esto, un hecho inobjetable es que faltan trabajos de área en regiones más pequeñas (por ejemplo, la Huasteca o la costa oaxaqueña), así como investigaciones de corte tipológico, las cuales son, hasta ahora, también muy pocas.

Glotocronología y fechamiento

El cuarto problema (que yo no identificaría como lingüístico, sino más bien de los lingüistas) es el empleo de la glotocronología como garante de la reconstrucción histórica. Gran parte de los especialistas que trabajan la historia lingüística de México emplean esta técnica y, a pesar de que la relativizan, asumen que es válida. La glotocronología, como se sabe, depende de tres supuestos: *a*) una velocidad constante de reemplazo léxico (o de retención), *b*) la universalidad de esta velocidad y *c*) la existencia de un vocabulario básico diferente del cultural (*cf.* Swadesh 1952). Los tres postulados son, para el presente texto, parte de una trampa argumental y, como señalan Kinkade y Powell (1976, p. 84), obstaculizan las investigaciones de lingüística histórica. La lengua es tanto un capital simbólico como un sistema de hábitos de determinada formación social, lo que hace que su uso y sus usuarios estén sujetos a sanción social. En este sentido, toda lengua depende de las direcciones que tomen las normatividades sociales y las realidades a las que se somete. Esto, de entrada, invalida la adecuación de las premisas arriba mencionadas. Y aunque es cierto que se podría hablar de un vocabulario altamente determinado por las variables culturales (organización, flora, fauna, clima, etc.) y de otro no tan dependiente, también es cierto que postular la universalidad de este último

(determinando además una cantidad fija de unidades-palabra) no tiene ningún sostén científico sólido (*cf.* Coseriu 1985 [1962], Teeter 1963, Grainger 1967, MacElhannon 1971 y Kinkade y Powell 1976).

Pero el empleo de la glotocronología parece implicar, además, su necesaria correlación con hechos históricos, lo cual también es un absurdo. No hay bases de teoría social para hacer tal operación. Aceptar que una supuesta fecha de separación de dos lenguas (medida en siglos mínimos) "coincide" o "se ajusta" con hechos históricos basados en evidencia arqueológica es altamente cuestionable. Por ejemplo, postular que la separación del proto-mixe del proto-zoque "coincide" con el nacimiento de la cultura olmeca es un sinsentido, no solamente porque no queda claro qué significa "separarse", sino por su relevancia histórica. Otros ejemplos son el huasteco y los relacionados con Teotihuacan. Recordemos que no es lo mismo un estudio lexicoestadístico que uno glotocronológico. El primero es una herramienta analítica, el segundo, una propuesta de fechamiento que no tiene bases científicas.

Por otra parte, la lingüística sí cuenta con recursos que permiten ubicar algunos hechos en el tiempo. Este método genera fechas relativas, basadas simplemente en los antes y después. Así, un determinado comportamiento lingüístico se relaciona con otros y, a partir de principios explicativos, es factible ubicarlos secuencialmente. Tarea que, por cierto, no es del todo fácil. Dos de los mejores ejemplos en la lingüística dedicada a las lenguas mexicanas es el de Justeson *et al.* (1985) y el de Dakin y Wichmann (2000), en los que con argumentaciones fonológicas se apoyan ciertas cronologías relativas. Así, los primeros demuestran, entre otras cosas, que la palabra cholana para el séptimo día, **manik* 'venado', es de origen proto-zapoteco, ingresando al gran tzeltalano antes de que las proto-cholanas se separaran de las proto-tzeltalanas; mientras que los segundos demuestran que la palabra que designa al cacao no pudo ser proto-mixezoque, basando su argumento más fuerte en la temporalidad de los cambios: si la palabra fuera proto-mixezoque no debería presentar reflejos irregulares en varias de las lenguas hijas, cosa que se explica si se la considera como préstamo de otra lengua.

Identificación de evidencias lingüísticas

Como ya se dijo arriba, la búsqueda de evidencias lingüísticas es una de las cuestiones más complicadas en la tarea de reconstrucción histórica. Por un lado, se ubican los problemas referentes a la misma lingüística histórica (por ejemplo, la búsqueda y ponderación de cognadas) y, por otro, a la identificación de préstamos, calcos, interferencias, rasgos de

difusión fonológica, congruencias estructurales, paralelismos morfosintácticos e innovaciones, así como la determinación de su direccionalidad y su temporalidad. Ambos tipos de problemas dependen del acceso a información lingüística suficiente (con lo problemático que esto es) y, además, a modelos explicativos coherentes. Es obvio que la suficiencia de material es el problema básico. Por un lado, existen poquísimas lenguas con buenas y elaboradas gramáticas y diccionarios y, por otro, es casi inexistente la disponibilidad de trabajos etnolingüísticos en los que se haya trabajado con especialistas de otros campos (biólogos o antropólogos), ya sea para la identificación de referentes o para la elaboración de instrumentos de investigación. Esto limita grandemente los avances sobre historia de las lenguas.

Si bien es cierto que no tengo la capacidad de evaluar los modelos explicativos empleados, también es cierto que llama la atención, por ejemplo, que de los cincuenta posibles préstamos mixezoqueos (que sostienen la propuesta olmeca de Campbell y Kaufman 1976), sólo uno en verdad sea proto-mixezoque (Wichmann 1998) o que, de los cuatro supuestos préstamos totonacanos a las lenguas mayas, sólo uno se mantenga como posible. Esto sin contar que, de por sí, los trabajos son escasos. Asimismo, llama la atención que tanto Suárez como Smith-Stark encuentren muy pocas evidencias. Suárez (1995 [1983], p. 239) explica este hecho afirmando que es reflejo de situaciones de bajo bilingüismo, mientras que Smith-Stark (1990, p. 613) lo hace asegurando que se debe a que no son fáciles de encontrar y porque la tarea apenas ha comenzado a hacerse.

Si bien desde el punto de vista de muchos lingüistas, la metodología empleada por Greenberg (1987) es dudosa y defectuosa, es, con mucho, la que se articula de mejor manera con los modelos genéticos en cuestiones de diversificación.

PROBLEMAS HISTÓRICOS DE MIGRACIÓN Y EXPANSIÓN POBLACIONAL

En cuanto a la parte histórica, en particular con los movimientos poblacionales, sean migratorios o por expansión (variable básica en la reconstrucción histórica de las lenguas), los problemas son, a mi parecer, serios. Los más sobresalientes son:

Homeland

¿Qué evidencias se tienen para postular que hace 4500 años los hablantes de proto-totonacano vivían en Texas? Uno de los primeros problemas a

resolver tiene que ver con la ubicación del homeland, tanto en el tiempo como en el espacio. Considero que hay tres criterios básicos (sin contar el de sentido común): los lingüísticos, los demográficos y los históricos (véase, por ejemplo, Goss 1968 y Kinkade y Powell 1976, p. 84), correlacionados todos ellos con lo geográfico. No está de más señalar que cada investigador los pondera y jerarquiza de manera particular.

1) Criterios lingüísticos: los fonológicos y gramaticales (que permiten clasificar, relacionar y agrupar las lenguas, por ejemplo, lo que ha permitido ver al tapachulteco como lengua mixeana), los léxicos (relacionando su función referencial con la distribución de sus referentes: biogeografía, toponimia, geonimia y reconstrucción cultural, así como su posibilidad clasificatoria: lexicoestadística y glotocronología) y los sociolingüísticos (fundamentalmente, préstamos, calcos e interferencias).

2) Criterios demográficos. Éstos se construyen a partir de las premisas y postulados de determinados modelos de migración. Existen básicamente dos posiciones contrarias: mientras que para Nichols (1990) los homelands se caracterizan por tener una baja densidad lingüística porque, de acuerdo con sus postulados, son las regiones de encuentro las que mostrarían fenómenos significativos de lenguas en contacto, para Dyen (1956), en cambio, son las áreas de alta diversidad lingüística las que permitirían ubicar el homeland, postulando, además, que las migraciones se darían de áreas lingüísticamente complejas a las simples. De igual manera, al relacionar la forma en la que las familias lingüísticas se diversifican (grupos grandes, muy extendidos y multiramificados contra lenguas aisladas o grupos compactos y poco ramificados), existen, igualmente, dos propuestas contrarias: la que lo explica a partir de suponer que las familias extensas lograron su desarrollo a expensas de las pequeñas debido al manejo de ciertas innovaciones tecnológicas (entre ellas, la agricultura) que les dieron ventajas demográficas (Renfrew 1987 y Bellwood 1985) y la que sostiene que no necesariamente es así (por ejemplo, Gibbons 2001).

Asimismo, cada modelo toma como variables significativas las características geográficas (corredores naturales, acceso fácil a otras regiones, etc.) y sociales (vecindad con grupos, modo de vida, etc.) para justificar tanto su localización como sus posibles comportamientos y desarrollos. Uno de los problemas a resolver, cuando se encuentra una discontinuidad, es determinar qué la provocó.

3) Criterios históricos. Éstos son de tres tipos: los arqueológicos (básicamente cerámica, patrones de asentamiento o estilos arquitectónicos), los históricos (o lo que las fuentes permiten reconstruir) y los de tradición oral (que focalizan la visión del grupo tanto en sí como en sus "otros").

Tipos de asentamientos

En la gran mayoría de los trabajos es raro que se explicita la naturaleza poblacional de los asentamientos en el homeland: si eran microbandas de cazadores o pequeñas aldeas tribales o caciquiles o si eran campamentos, aldeas estacionarias o permanentes. Las investigaciones sobre demografía, según estudios etnográficos y arqueológicos, consideran que el tamaño de las bandas de cazadores-recolectores era (y es), en promedio, de entre 25 y 30 personas, siendo una cifra variable por ser grupos dinámicos, en ocasiones pequeños y, en otras, por asociación, grandes (Cavalli-Sforza 1994, p. 32). Los grupos más grandes son las tribus, cuyo número era mucho más variable (variando entre 400 y 6000 individuos), además de que muy seguramente eran endógamas. Se postula que 500 miembros es el tamaño mínimo para garantizar la descendencia (evitando el excesivo número de cruzamientos entre parientes cercanos, *id.*).

Igualmente, se propone que en estos grupos el crecimiento poblacional era nulo o bastante lento. Se supone que cada mujer en edad reproductiva daba a luz a cinco hijos (en intervalos de cuatro años por nacimiento), facilitando el nomadismo (puesto que únicamente se llevaba a un solo hijo a cuestas), alargando la lactancia hasta los tres años y, en consecuencia, reduciendo la posibilidad de embarazos. En cambio, en poblaciones agrícolas, el crecimiento era (y es) acelerado. Tener muchos hijos era, por razones de fuerza de trabajo, conveniente y, en caso de sobrepoblación, simplemente se iban a otro lugar (*ibid.*, pp. 149-150).

Paralelamente, y en términos de sobrevivencia o reproducción social, Nichols calcula, con base en un trabajo estadístico, tipológico y etnográfico, que un grupo lingüístico estable (es decir, la unidad social mínima que, entre otras características, podría reponerse de catástrofes como hambrunas, epidemias o guerras) es de alrededor de 900 personas. Para esto, Nichols (1990, p. 497) considera que existían (y existen) tres niveles incluyentes de organización: el *settlement* (o la agrupación más pequeña que es autosuficiente para la vida diaria), la *subtribu* (o el conjunto de settlements cuya viabilidad sería anual, definidos como grupos locales o familias extendidas cohesionadas por matrimonio, territorialidad, subdialecto y obligaciones compartidas, *id.*) y la *tribu mínima*⁸. Normalmente, en las historias de lenguas, en caso de que se mencione la naturaleza poblacional, las referencias son muy generales y harto simplificadas (véase, como ejemplo, a Suárez 1995 [1983], pp. 223-224).

⁸ Esto, tomando como base la realidad esquimal.

Es evidente que los cálculos y propuestas que se construyen desde el trabajo arqueológico, demográfico y antropológico no siempre se articulan. El panorama se complica al tomar en cuenta los distintos tipos de organización social (unidades domésticas, micro o macrobandas, linajes, cacicazgos, etc.), las relaciones entre las comunidades, los cálculos de población y la temporalidad. A manera de ejemplo, veamos el desarrollo del valle de Oaxaca durante el Preclásico en términos poblacionales (véase Wiesheu 1994, quien reseña trabajos, entre otros, de Flannery y Marcus): alrededor del 1400 a.C., en San José Mogote, que se piensa era un centro rector, había 147 habitantes ocupando 7.8 ha. Para el 600 a.C. (es decir, 800 años después), alcanzó los mil habitantes ocupando 61.9 ha. Durante ese mismo tiempo, coexistían en el valle alrededor de 16 pequeñas aldeas, cuyo tamaño se mantuvo de cierta manera estable (entre 1 y 3 ha de extensión y con una población aproximada de entre 25 y 75 personas). Esto no concuerda con los modelos demográficos. Para el 400 a.C., surge Monte Albán, ocupando unas 365 ha y con cinco mil habitantes, número que se triplicará en 200 años. Para ese tiempo hay centros secundarios cuyo tamaño oscilará entre 10 y 13 ha y cuya población andará por los 200 habitantes. Ante esta cantidad de información, aseverar que en Monte Albán se hablaba proto-zapoteco es decir poco, dado que es de esperarse que las relaciones que se dieron en cada ámbito fueron muy diferentes: mientras que en las pequeñas aldeas eran básicamente familiares (y, por ello, podemos suponer monolingües), en los centros secundarios o rectores muy seguramente se incluían relaciones intercomunales (es decir, lingüísticamente, pluricomunales) y en Monte Albán, hasta interregionales (muy seguramente, plurilingües). Pero aun estas últimas aseveraciones dicen poco, porque además de que cada relación tendría sus propias características, poco se conoce de los procesos identitarios de los distintos grupos involucrados.

Cantidad de gente que se mueve y velocidad de desplazamiento

El número de personas que se mueven, la tasa de crecimiento poblacional, la velocidad relativa que tiene su movimiento y la región alcanzada son temas que tampoco se consideran de manera explícita. Sabemos que no es lo mismo la migración de una familia que la de una aldea o que una masiva. Las causas (matrimonio, hambre, desastres naturales, guerras o sobrepoblación) y efectos son totalmente distintos: la migración masiva, por ejemplo, facilita la diferenciación, mientras que la individual la reduce (*cf.* Cavalli-Sforza 1994, p. 120). Asimismo, la velocidad está relacionada con los tipos de contactos sociales que se dan al exterior del grupo (Nichols 1990, p. 493).

A manera de ejemplo, contrastemos tres hipótesis que dependen para su comprobación, de la articulación de modelos poblacionales, ecológicos, arqueológicos y lingüísticos.

1) La primera es la de Haynes (1975 y 1982), que explica el poblamiento de América, la extinción del mamut y la presencia de las puntas Clovis y Folsom en América partiendo de aceptar que la entrada del hombre al continente americano fue hace unos 12 000 años (lo cual, ya se vio, no es acertado) y apostándole a las siguientes tres hipótesis: *a*) la población aumentaba a una tasa del 1.2 cada 28 años; *b*) la velocidad de desplazamiento fue de aproximadamente 6 kilómetros por año; y *c*) el número de personas que entraron a América fue de 30 (Haynes 1975, p. 270).

Greenberg (1987, p. 333) articula esta propuesta con su clasificación lingüística (en la que propone sólo tres familias lingüísticas para toda América: la amerindia, la na-dené y la esquimoaleutiana) y afirma que, por lo tanto, la evidencia lingüística sugiere que hubo, al menos, tres migraciones para poblar América, estando relacionada la primera de ellas con la cultura paleo-india Clovis. Dicho de otro modo, esas 30 personas de la "primera y única banda Clovis" hablaban proto-amerindio.

2) La segunda es la de Nichols (1990) que, basándose en Greenberg (1987) y tomando una gran cantidad de variables, tanto lingüísticas, geográficas como demográficas, postula que la primer entrada de la gente que hablaba proto-amerindio al continente americano debió haber sucedido hace, al menos, 49 000 años y que su población debió haber sido cercana, en ese primer momento, al millar de personas. Para esto, supone las siguientes cuatro condiciones: *a*) que existe un número demográfico mínimo de 900 personas que garantiza la sobrevivencia del grupo ante contingencias naturales (hambres, catástrofes climáticas) o humanas (guerras); *b*) que esas 900 personas, en promedio, se organizaban en varias subtribus y en muchos más *settlements*; *c*) que cada familia lingüística o stock (por ejemplo, el yutoazteca) tiene un promedio de vida de entre 5 000 y 8 000 años; y *d*) que cada stock tiene, en promedio, de 1.6 a 1.4 de tasa de ramificación (o *branching rate*). Esto es, que entre 5 000 y 8 000 años, cada lengua dará origen a entre 1.6 y 1.4 de ramas sobrevivientes (Nichols 1990, p. 503).

La cifra de 49 000 años la obtiene al manejar una edad promedio de los stocks de 7 000 años y una tasa de ramificación de 2 (que para la misma Nichols es demasiado alta). Pero si se manejan los promedios que encontró, esto es, 7 000 años de promedio de edad y una tasa de ramificación de 1.6, los hablantes de proto-amerindio debieron haber entrado hace 70 000 años (lo cual, es importante destacar, concuerda con las fechas que actualmente se tienen sobre el poblamiento de América).

3) La tercera es la de Cavalli-Sforza (1994, pp. 168-181), con la que explica la migración de los neolíticos del Oriente Medio a Europa mediante un modelo de simulación. Destacan tres resultados: *a*) la existencia de dos tipos de movimientos humanos: uno inicial identificado como migración moderada o de pequeña escala entre tribus vecinas y otro más tardío que involucra poblaciones mucho mayores; *b*) la determinación de la densidad de población tanto en el crecimiento poblacional como en el movimiento (*ibid.*, p. 169); y *c*) la desaparición de los grupos cazadores-recolectores vía asimilación a las sociedades agrícolas y no lo contrario.

Por otra parte, la velocidad de desplazamiento y el tiempo de estancia son, en ocasiones, más explícitos, aunque no por ello tratados de manera crítica (por ejemplo, para muchos, los hablantes de proto-yutoazteca no dejaron nunca de moverse o, para Manrique, 1994, los de tequistlateco han ocupado su mismo hábitat desde hace unos 3 500 años).

Corredores y características de los movimientos

Nichols (1990) propone la existencia de dos patrones de distribución lingüística: el de *elongación* (extendida y con baja densidad lingüística, como, por ejemplo, la del yutoazteca) y el de *compresión* (como la totonacana), ambos determinados por grados de densidad demográfica y por variables geográficas (latitud, franja costera, precipitación pluvial y orografía) y culturales (tipos de actividad económica). De la misma manera, identifica, como muchos investigadores, a las regiones montañosas como zonas de refugio y aislamiento mientras que a las costeras (tanto por razones climáticas como económicas), como corredores demográficos por excelencia, áreas de poblamiento inicial (con grupos demográficamente pequeños) y, por ende, escenarios de fuertes conflictos sociales y lingüísticos (debido al encuentro de grupos diferentes). Por ello, las situaciones de colonización están determinadas por la densidad de linajes y por la cercanía al centro colonizador (*ibid.*, p. 494).

Por otro lado, el manejo de la tecnología también es una variable importante. Haury (1962) pensaba que el camino que siguió la agricultura desde Mesoamérica hasta el Suroeste fue vía la Sierra Madre Occidental (considerando que la agricultura era de temporal y que en mayores altitudes, la precipitación es mayor); sin embargo, al reconocer que los grupos mesoamericanos manejaban técnicas de regadío, gracias a las investigaciones arqueológicas, se plantea que el camino fueron los valles costeros (Hill 2001a, p. 925). Algo semejante postulan Renfrew (1987) y Bellwood (1997) al señalar que las comunidades que manejaban nuevas tecnologías (en especial la agricultura) tenían ventajas demográficas sobre las

que no lo hacían pudiendo no sólo desarrollarse a costa de ellas sino incluso, absorberlas o eliminarlas.

Diversidad lingüística: conservadurismo y variabilidad

El tema de la diversidad lingüística en relación con la movilidad y permanencia de los grupos en determinado hábitat o con su modo de vida es otro de los problemas importantes. Al respecto, hay varias posiciones pero destacan dos complementarias. Una de ellas predice una alta diversidad lingüística en zonas en donde un determinado grupo ha pasado un largo tiempo (que, por lo regular, coincide con su homeland) debido a dos razones, una cognitiva y otra social. La primera supone un cada vez mayor y mejor conocimiento del hábitat, lo que se traduce, a su vez, en una fuerte especialización léxica, tanto para su aprehensión como para su manejo y clasificación, mientras que la segunda se manifiesta en una gran diversidad sociolingüística provocada por los constantes contactos y conflictos intracomunitarios. Así, préstamos, interferencias, fenómenos de área y la existencia de una red muy densa de rasgos lingüísticos (o isoglosas a través de lenguas diferentes pero emparentadas) serían parte de sus características. Este modelo es el que se emplea para explicar la impresionante diversidad que existe, por ejemplo, en las lenguas yutoaztecas de Sonora y Chihuahua.

Complementarias a esta posición, serían las de Nichols (1990), Renfrew (1987) y Bellwood (1997), que señalan que las áreas colonizadas muestran mayor diversidad lingüística que las de origen y que la distribución de las lenguas aisladas es regular a lo largo de los corredores. Si bien es cierto que también se registrarían préstamos, interferencias y fenómenos de área, la diferencia estriba en la incorporabilidad estructural (esto es, en estos casos, su adaptación al sistema gramatical presentaría más huecos e irregularidades). Finalmente, no hay que olvidar las posibilidades analíticas para poder determinar las características de las políticas lingüísticas que cada comunidad estaría poniendo en práctica.

COMENTARIOS FINALES

Después de considerar todo lo anterior, creo que es innegable que las distintas situaciones lingüísticas que se dieron a lo largo de la historia fueron bastante diversas y complejas. Las evidencias lingüísticas nos permiten suponer la existencia de diferentes situaciones multilingües y la coexistencia de relaciones sociales (y lingüísticas) asimétricas con las simétricas. Es

que muy poco se ha dicho en relación con las situaciones sociolingüísticas existentes en el pasado. Por no definir o intentar reconstruir la situación de los fenómenos bilingües (tipos, condiciones y situaciones), las historias de las lenguas aparecen como relatos míticos de pueblos misteriosos. Si, a manera de hipótesis, se aceptara que en los tiempos históricos el bilingüismo era una realidad común y constante (es decir, que, por un lado, era rara la comunidad monolingüe y que, por otro, la circulación de gente, ideas y bienes era regular), se tendría un punto a partir del cual debería, en primer lugar, determinar qué tipos de comunidades sociales y de habla existían, correlacionándolas con los modelos demográficos migracionales adecuados y articulándolos con los resultados antropológicos, arqueológicos y biológicos pertinentes. Esto para evitar hablar de unidades sociales demasiado abstractas que, por lo regular, oscurecen la complejidad social (por ejemplo, afirmar que los huastecos migraron, en realidad no dice nada, ya que no se aclara ni de qué tipo de comunidad o comunidades se trata —¿migró una o varias tribus, eran cazadores-recolectores o agricultores, cuál era su número?—, ni qué características tuvo su movimiento ni cuál fue su derrotero). En segundo lugar, habría que determinar los tipos de contactos sociales habidos entre esas diferentes comunidades de habla. ¿Qué tuvo que pasar para que se dieran esos supuestos préstamos zapotecos al proto-huasteco? ¿Cuánto tiempo pudo haber durado el contacto y de qué tipo fue? ¿Por dónde fue?

En lo personal creo que en muchos trabajos se manejan con una simpleza ingenua tanto los movimientos migracionales como varios hechos históricos (por ejemplo, el desplome de la frontera norte de Mesoamérica o las caídas de las ciudades-estado culpando a los chichimecas o que, en el caso de esas ciudades-estado, sus habitantes se fueron a poblar otras regiones). Las distribuciones lingüísticas (entre ellas, la de las lenguas náhuas, tepimanas y del chicomucelteco, por ejemplo) nos obligan a considerar otras variables (posibles amplias redes de comunidades y, dentro de ellas, contactos permanentes a larga distancia).

Por ejemplo, ¿qué tipo de relaciones se daban en la provincia de Oxitlán (en el actual sureste de San Luis Potosí), si se sabe que había grupos de cazadores-recolectores que eran, además, tributarios de la Triple Alianza, teniendo que pagar, entre otras cosas, mantas (es decir, productos del trabajo agrícola y artesanal)? (véase Barlow 1992, pp. 73-77). Asimismo, ¿cómo se daba la vida intercomunitaria en la provincia de Tlolloacan (hoy Toluca), existiendo, muy seguramente, gente de habla mazahua, otomí, purépecha, náhuatl, cuitlateca, chontal y matlatzinca, entre otras? O, ¿qué sucedió en Epazoyucan (en el estado de Hidalgo) para que una comunidad, en un principio aparentemente monolingüe, se volviera trilingüe?:

los primeros fundadores de este pueblo hablaban lengua chichimeca porque su generación eran chichimecos y después hablaron sus hijos la lengua mexicana y hablan en general la lengua mexicana aunque ay algunos otomites advenedizos que hablan su lengua otomita y hay algunos chichimecos que hablan la lengua chichimeca (*Relaciones Históricas Estadísticas*, 1, p. 151, apud Barlow 1992, p. 102, nota 79).

O ¿qué realidad sociolingüística se vivía en la comunidad de habla zapoteca de Iztepexi (provincia de Coyolapan, en Oaxaca, localizada a 27 km al noreste de Oaxaca) dado que, por un lado, estaban gobernados por dos señores, uno mixteco y otro mexica y, para poder reunir el tributo (que incluía oro y plumas verdes), tenían que viajar?:

y la plumería y oro que así tributauan lo yban a buscar a Teguantepeque y a la provincia de Soconusco e Guatemala, arquilandose en cargar mercaderías de mercaderes y en beneficiar y cultivar tierras en la dicha provincia donde se detenian seys y siete meses y un año, y otros que se ocupauan en lo que por los señores y caçiques deste pueblo les hera mandado, y por lo susodicho les pagauan oro y plumas verdes, y esto trayan y guardauan para pagar su tributo (Paso y Troncoso ed. 1905-1907, *Papeles de Nueva España*, 4, p. 16).

En tercer lugar, sería importante determinar los tipos de bilingüismo existentes y su extensión. Sabemos que la mera existencia de contactos sociales no implica ni que necesariamente se generen situaciones de bilingüismo ni que el manejo de dos lenguas se dé en todos los ámbitos sociales. Tanto Kaufman (1976, p. 109) como Suárez (1995 [1983], p. 239) postulan que en Mesoamérica los contactos lingüísticos pudieron haber estado limitados a ciertas clases o sectores sociales, por lo que el bilingüismo no necesariamente llegó a darse en las otras clases o sectores. Aunque existe un conjunto de factores de orden social (junto con los ya mencionados) que repercuten en lo lingüístico (por ejemplo, los tipos de matrimonio, fundamentalmente el exogámico, y su localidad: patrivilocal, uxorilocal o virilocal), así como los tipos de prácticas institucionales.

Podemos apostarle a situaciones necesariamente multilingües en los centros urbanos, aunque su extensión, cantidad de personas que usaran más de un idioma, los grados de competencia (lingüística, comunicativa y cultural) y los efectos fueron, obviamente, altamente variables. Gumperz y Wilson (1971) sugieren que el léxico puede servir como un emblema de identidad étnica, lo que le permite a Smith-Stark (1990) tener una vía más para explicar la baja presencia de préstamos en las distintas lenguas oaxaqueñas. Pero la multifuncionalidad de toda lengua hace que el léxico (en

particular) no se limite a la referencialidad y a la identidad. Las prácticas sociales (como las religiosas y las comerciales, por ejemplo) inciden significativamente en las prácticas lingüísticas. ¿O será gratuito que en el caso del náhuatl mexica (uno de los más trabajados) existan términos (como *México, Aztlán y Tamoanchan*) cuyas etimologías no son claras?

Finalmente, si se retoman todas las variables que a lo largo de este trabajo se han presentado, es claro que la existencia de lenguas francas en Mesoamérica debe adquirir su verdadera dimensión. Por un lado, porque la realidad multilingüe mesoamericana dependía en lo fundamental de contactos sociales concretos; por otro, porque las relaciones sociales asimétricas (muchas de ellas de explotación y sojuzgamiento) generaban situaciones lingüísticas en donde la lengua empleada no puede ser identificada como franca (porque no lo es), sino como dominante o hegemónica y, finalmente, porque no se sabe casi nada sobre la puesta en práctica de políticas culturales y lingüísticas de las distintas formaciones sociales.

Se sostiene que las dos lenguas francas más importantes fueron el náhuatl y el maya porque, según la gran mayoría de los especialistas, eran empleadas en grandes extensiones territoriales. Desde la llegada de los europeos a estas tierras, la mención del náhuatl como lengua generalizada fue común, lo que ha permitido que la gran mayoría de los investigadores (si no es que todos) afirme que el náhuatl funcionó en Mesoamérica como lengua franca. Y no únicamente eso, sino que, incluso, se habla de *prácticas concretas de políticas del lenguaje instrumentadas por el Estado mexica*. Bruce Heath (1972, pp. 18-20) apunta que una de las hazañas más notables del dominio azteca sobre muchos pueblos indígenas fue

el establecimiento del náhuatl como lengua oficial del Imperio. Los aztecas adiestraban a los miembros de sus propias tribus, preparándolos para que fueran escribanos o intérpretes del náhuatl en todo lo relacionado con los asuntos administrativos del sistema tributario. [...] El ser miembro de la cerrada y auténtica comunidad de idioma náhuatl proporcionaba a los dominados por los poderosos mexicas el derecho a la distinción política y a la dignidad social.

Manrique (1990, p. 398), por su parte, asegura que “durante el periodo Postclásico [...] destaca el surgimiento de nuevos señoríos, apoyados sin duda en la fuerza de las armas, que imponen lenguas hegemónicas en perjuicio de varios de los idiomas locales”. Ambas citas mencionan políticas “duras”: la oficialización del náhuatl, la imposición de un idioma con fines glotofágicos y la instrumentación de un conjunto de programas

encaminados a la planificación y reproducción de determinadas prácticas lingüísticas, en especial, de traducción y escritura. Considero que todo esto es fruto de idealizaciones y simplificaciones de los fenómenos sociales y lingüísticos, puesto que no se tiene ningún tipo de evidencia que apoye, por ejemplo, la planificación lingüística por parte de alguno de los estados mesoamericanos (lo que no significa que no las hubiera), ni tampoco pruebas sobre la oficialización de las lenguas ni, mucho menos, sobre prácticas de exterminio lingüístico.

Creo, para terminar, que el fenómeno multilingüe mesoamericano no más la pluralidad de situaciones lingüísticas nos permitiría, en todo caso, predecir la presencia de muchas lenguas francas (que, potencialmente, serían todas, muy seguramente, las de los grupos en el poder, empleadas, fundamentalmente, en contextos urbanos y en situaciones concretas). Esto, además, obliga a aceptar un alto grado de bilingüismo (que habría que demostrar argumentalmente).

En los posibles diálogos sostenidos entre el tlatoani Axayacatl (hablante de náhuatl mexicana) y el señor de Tollocan (hablante de matlatzinca) no se estaría empleando ninguna lengua franca, sino una lengua dominante. Si en lugar de Axayacatl fuera un emisario otomí e interactuara en náhuatl con el señor de Tollocan, ¿estaría funcionando el náhuatl como lengua franca? Fuera de esos contextos de evidente poder, en la misma provincia de Tollocan, ¿los hablantes de otomí emplearían el náhuatl para comunicarse con hablantes de mazahua? Y ¿por qué no, el matlatzinca (la lengua seguramente dominante de la cabecera provincial)? Yo le apostaría a un bilingüismo otomí-mazahua.

Hay claros testimonios de intérpretes (por ejemplo, en la *Historia Tolteca Chichimeca*, foja 19r, cf. Kirchhoff, Odena y Reyes 1989 [1976], se señala a Couatzin como intérprete náhuatl entre Ixcicouatl y Quetzalteueyac, hablantes de náhuatl, con un conjunto de tlatoanis chichimecas, hablantes de chichimeca), pero esto no es garantía ni de la funcionalidad como lengua franca del náhuatl ni de alguna política del lenguaje planificada e instrumentada por el Estado mexicana. Asimismo, ¿es evidencia del carácter de lengua franca del náhuatl que el cacique totonaco de Zempoala, identificado como gordo por Díaz del Castillo (cap. XLV), se quejara ante Cortés por el maltrato que recibía por parte de Motecuzoma, hablándole seguramente en náhuatl a Malintzin?

Por otra parte, de acuerdo a Sahagún (*Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro X, cap. 29), a la llegada de los españoles había chichimecas nahuas, chichimecas otomíes y chichimecas huastecos quienes, además de su propia lengua, hablaban náhuatl, otomí y huasteco, respectivamente. ¿Pero, para qué hablar otomí si la lengua franca era el náhuatl?

Manrique (1990, p. 397) afirma que “entre [los años] 300 y 700 [de nuestra era], el auge del intercambio comercial favoreció el uso de lenguas francas, lo que llevó a la coexistencia de dos (o más) idiomas igualmente vigorosos en ciertas regiones”. ¿Qué evidencias se tienen para apoyar esto?

La revolución mesoamericana significó, desde su nacimiento, el flujo y recontrafujo constante de bienes, personas y significados y, lingüísticamente, los fenómenos sucedidos no solamente no se han explicado del todo sino que, por lo general, se ignoran.

BIBLIOGRAFÍA

- AMMERMAN, A.J., y LUCA CAVALLI-SFORZA 1973. “A population model for the diffusion of early farming in Europe”, en *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*. Ed. Colin Renfrew. Londres: Duckworth, pp. 335-358.
- ANDERSON, BENEDICT 1983. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- ANTHONY, D. 1990. “Migration in Archaeology: The Baby and the Bathwater”, *American Anthropologist*, 92, pp. 895-914.
- ARANA OSNAYA, EVANGELINA 1953. “Reconstrucción del proto-totonaco”, en *Huastecos, totonacos y sus vecinos. Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. Eds. Ignacio Bernal y D. Dávalos Hurtado, 13, pp. 123-130.
- BARLOW, ROBERT 1948. “Apuntes para la historia antigua de Guerrero (Provincias de Tepecuacuilco y Cihuatlán)”, en *El Occidente de México, Cuarta Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*. México: Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 181-190.
- 1992. *La extensión del imperio de los colhua mexicana. Obras de Robert H. Barlow*. Vol. 4. Editado por Jesús Monjarás-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés H. Puebla: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Universidad de las Américas.
- BELLWOOD, PETER 1978. *Man's Conquest of the Pacific. The Prehistory of Southeast Asia and Oceania*. Sídney: Collins, Auckland.
- 1985. *Prehistory of the Indo-Malayan Archipelago*. Nueva York: Academic Press.
- 1997. “Prehistoric cultural explanations for widespread linguistic families”, en *Archaeological and Linguistics: Aboriginal Australia in Global Perspective*. Eds. P. McConvell y N. Evans. Melbourne: Oxford University Press, pp. 123-134.
- 1999. *Austronesian Prehistory and Uto-Aztecan Prehistory: Similar Trajectories?* Tucson: University of Arizona, Department of Anthropology Lecture Series.
- BRADLEY, HENRY, y KATHRYN JOSSELAND 1977. “Estudios mixtecos”. Ponencia presentada en el Congreso de Evaluación de la Antropología en Oaxaca, Museo Regional de Oaxaca, Centro Regional de Oaxaca (INAH), Oaxaca. Junio.

- CAMPBELL, LYLE 1984. "El pasado lingüístico del Sureste de Chiapas", en *Sociedad Mexicana de Antropología, XVII Mesa Redonda. Investigaciones recientes en el área maya*. San Cristóbal de las Casas: Sociedad Mexicana de Antropología, Tomo I, pp. 165-184.
- 1985. "Areal linguistics and its implications for historical linguistic theory", en *Proceedings of the Sixth International Conference on Historical Linguistics*. Ed. Jacek Fisiak. Amsterdam: John Benjamins.
- 1997. *American Indian Languages: The Historical Linguistics of Native America*. Oxford: Oxford University Press.
- CAMPBELL, LYLE, y TERRENCE KAUFMAN 1976. "A linguistic look at the Olmeca", *American Antiquity*, 41, 1, pp. 80-89.
- CAMPBELL, LYLE, TERRENCE KAUFMAN, y THOMAS SMITH-STARK 1986. "Mesoamerica as a linguistic area", *Language*, 62, pp. 530-570.
- CAMPBELL, LYLE, y RONALD LANGACKER 1978. "Proto-Uto-Aztecan Vowels" [tres partes], *International Journal of American Linguistics*, 44, 2, pp. 85-102; 44, 3, pp. 197-210; 44, 4, pp. 262-279.
- CAMPBELL, LYLE, y DAVID OLTROGGE 1980. "Proto-Tol (Jicaque)", *International Journal of American Linguistics*, 46, pp. 205-223.
- CANGER, UNA 1988. "Nahuatl dialectology: a survey and some suggestions", *International Journal of American Linguistics*, 54, 1, pp. 28-72.
- , y KAREN DAKIN 1985. "An inconspicuous basic split in Nahuatl", *International Journal of American Linguistics*, 51, pp. 358-361.
- CAVALLI-SFORZA, LUCA, y FRANCESCO 1994. *¿Quiénes somos? Historia de la diversidad humana*. Barcelona: Crítica, Grijalbo Mondadori.
- CLARK, JOHN E. 1990. "Olmecas, olmequismo y olmequización en Mesoamérica", *Arqueología*, 3, pp. 49-55.
- 1994. "¿Quiénes fueron los olmecas?", en *XXII Mesa de Antropología*, Gobierno del Estado de Chiapas, Conacyt-SMA, pp. 83-100.
- , RICHARD D. HANSEN, y TOMÁS PÉREZ 1994. "La zona maya en el Preclásico", en *Historia antigua de México*. Vol. I: *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*. Coords. L. Manzanilla y L. López Luján. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Miguel Ángel Porrúa, Libro-Editor, pp. 437-510.
- COSERIU, EUGENIO 1985 [1962]. "Crítica de la glotocronología", en *El hombre y su lenguaje*. Madrid: Editorial Gredos. [Versión en español del estudio contenido en las *Actes du X Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes*, Estrasburgo.]
- DAKIN, KAREN 1982. *La evolución fonológica del protoñahuatl*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. (Colección Lingüística indígena, 2.)

- 2000. "Proto-Uto-Aztecan *p and e-/ye- Isogloss in Nahuatl Dialectology", en *Uto-Aztecan: Structural, Temporal, and Geographic Perspectives. Papers in Memory of Wick R. Miller*. Eds. Eugene Casad y Thomas Willett. Hermosillo: Universidad de Sonora, pp. 213-219.
- 2001. "Isoglosas e innovaciones yutoaztecas", en *Avances y balances de lenguas yutoaztecas. Homenaje a Wick R. Miller*. Eds. José Luis Moctezuma y Jane Hill. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 313-343.
- , y SOREN WICHMANN 2000. "Cacao and chocolate. A Uto-Aztecan perspective", *Ancient Mesoamerica*, 11, pp. 55-75.
- HAY DEL CASTILLO, BERNAL 1944 [1632]. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Introducción y Notas de Joaquín Ramírez Cabañas. México: Editorial Porrúa.
- HEROLD, RICHARD A. 1960. "Determining the centers of dispersal of language groups", *International Journal of American Linguistics*, 26, pp. 1-10.
- HYEN, I. 1956. "Language distribution and migration theory", *Language*, 32, pp. 611-627.
- EGLAND, STEVEN 1978. *La inteligibilidad interdialectal en México: resultado de algunos sondeos*. México: Instituto Lingüístico de Verano.
- FERNÁNDEZ DE MIRANDA, MARÍA TERESA 1995. *El protozapoteco*. Edición a cargo de Michael J. Piper y Doris A. Bartholomew. México: El Colegio de México-Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- FOWLER, CATHERINE 1972. "Some ecological clues to Proto-Numic homelands", en *Great Basin Cultural Ecology: A Symposium*. Ed. D.D. Fowler. Reno: University of Nevada, pp. 105-121. (Desert Research Institute Publications in the Social Sciences, 8.)
- 1983. "Lexical clues to Uto-Aztecan prehistory", *International Journal of American Linguistics*, 49, pp. 224-257.
- FOWLER, D.D. (ed.) 1977. *Models in Great Basin Prehistory*. Reno: University of Nevada. (Desert Research Institute Publications in the Social Sciences, 12.)
- GADET, FRANÇOISE, y MICHEL PÊCHEUX 1984 [1981]. *La lengua de nunca acabar*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GARCÍA ROJAS, BLANCA 1978. *Dialectología de la zona totonaco-tepehua*. Tesis de licenciatura en Lingüística. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- GIBBONS, ANN 2001. "The peopling of the Pacific", *Science*, 291, pp. 1735-1737.
- GOSS, JAMES A. 1968. "Culture-historical inference from Utaztecan linguistic evidence", en *Utaztecan Prehistory*. Ed. Earl Swanson. Occasional Papers of The Museum. Idaho State University, 22, pp. 1-42.
- 1977. "Linguistic tools for the Great Basin prehistorian", en *Models in Great Basin Prehistory*. Ed. D. D. Fowler. Reno: Desert Research Institute Publications in the Social Sciences, 12, pp. 49-70.

- GRACE, G. W. 1967. "Effects of heterogeneity on the lexicostatistical test list: the case of Rotuman", en *Polynesian Culture History: Essays in Honor of Kenneth P. Emory*. Eds. G. Highland et al. Bernice P. Bishop Museum Special Publication, 56, pp. 289-302.
- GREENBERG, JOSEPH H. 1987. *Language in the Americas*. Stanford: Stanford University Press.
- GUMPERZ, JOHN, y ROBERT WILSON 1971. "Convergence and creolization: a case from the Indo-Aryan/Dravidian border in India", en *Pidginization and Creolization of Languages*. Ed. Dell Hymes. Londres: Cambridge University Press, pp. 151-167.
- GUNNERSON, JAMES H. 1962. "Plateau Shoshonean prehistory: a suggested reconstruction", *American Antiquity*, 28, 1, pp. 41-45.
- HALE, KENNETH 1958. "Internal diversity of Uto-Aztecan, I", *International Journal of American Linguistics*, 24, pp. 101-107.
- HARVEY, HERBERT R. 1964. "Cultural continuity in Central Mexico: a case for Otomangue", en *Actas y Memorias, XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, México. Vol. II, pp. 525-532.
- 1967. "Ethnography of Guerrero", en *Handbook of Middle American Indians Working Paper*, 71. Washington, D.C.
- HAURY, E. 1962. "The Greater American Southwest", en *Courses toward Urban Life: Some Archaeological Considerations of Cultural Alternates*. Eds. R.J. Braidwood y Gordon R. Willey. Nueva York: Viking Fund Publications in Anthropology, pp. 10-131.
- HAYNES, VANCE 1975. "La caza del elefante en Norteamérica", en *Biología y cultura. Introducción a la antropología biológica y social. Selección de Scientific American*. Con introducciones de Joseph G. Jorgensen. Madrid: Blume Ediciones, pp. 262-271.
- 1982. "Were Clovis progenitors in Beringia?", en *Paleoecology of Beringia*. Eds. D. Hopkins et al. Nueva York: Academic Press.
- HEATH, SHIRLEY BRICE 1972. *La política del lenguaje en México*. México: Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional Indigenista.
- HERS, MARIE-ARETI 1989. *Los toltecas en tierras chichimecas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- HILL, JANE 2001a. "Proto-Uto-Aztecan: a community of cultivators in Central Mexico?" *American Anthropologist*, 103, 4, pp. 913-934.
- 2001b. "Dating the break-up of Southern-Aztecan", en *Avances y balances en lenguas yutoaztecas. Homenaje a Wick Miller*. Eds. José Luis Moctezuma y Jane Hill. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. (Colección científica, 438.)
- HOPKINS, NICHOLAS 1965. "Great Basin prehistory and Uto-Aztecan", *American Antiquity*, 31, pp. 48-60.

- 1984. "Otomanguean linguistic prehistory", en *Essays in Otomanguean Culture History*. Eds. Kathryn Josserand, Marcus Winter y Nicholas Hopkins. Nashville: Vanderbilt University Publications in Anthropology, núm. 31, pp. 25-64.
- HURSTON, STEPHEN, JOHN ROBERTSON, y DAVID STUART 1998. "Disharmony in Maya hieroglyphic writing: linguistic change and continuity in classic society", en *Anatomía de una civilización. Aproximaciones interdisciplinarias a la cultura maya*. Ed. Andrés Ciudad Ruiz. Madrid: Sociedad Española de Estudios Mayas. (Publicaciones de la SEEM, 4.)
- HUDSON, R. A. 1981. *La sociolingüística*. Barcelona: Editorial Anagrama. (Biblioteca de lingüística, 1.)
- ITZILXÓCHITL, FERNANDO DE ALVA 1985 [1892]. *Obras históricas*. Publicadas y anotadas por Edmundo O'Gorman. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2 volúmenes.
- JIMÉNEZ MORENO, WIGBERTO 1942. "El enigma de los olmecas", *Cuadernos Americanos*, 1, 5, pp. 113-145.
- JOSSELAND, KATHRYN 1975. "Archaeological and linguistic correlations from Mayan prehistory", en *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*. Vol I, pp. 501-510.
- y HENRY BRADLEY 1978. "Mixtec reconstruction, diversification and subgrouping". Ponencia presentada en la American Anthropological Association, Los Ángeles, noviembre.
- JUNTESON, JOHN S., y TERRENCE KAUFMAN 1993. "A decipherment of Epi-Olmec hieroglyphic writing", *Science*, 259, pp. 1703-1711.
- JUNTESON, JOHN S., WILLIAM M. NORMAN, LYLE CAMPBELL, y TERRENCE KAUFMAN 1985. *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script*. Nueva Orleans: Tulane University. (Middle American Research Institute, 53.)
- KAUFMAN, TERRENCE 1964. "Materiales lingüísticos para el estudio de las relaciones internas y externas de la familia de idiomas mayanos", en *Desarrollo cultural de los mayas*. Eds. Evon Z. Vogt y Alberto Ruz. México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 81-136.
- 1969. *Materials on Mayan Historical Linguistics*. Chicago: University of Chicago Libraries. (Microfilm Collection of manuscripts on Middle American cultural anthropology, 55.)
- 1973. "Areal linguistics and Middle America", en *Diachronic, Areal, and Typological linguistics*. Ed. Thomas Sebeok. The Hague: Mouton, pp. 459-483. (Current Trends in Linguistics, 11.)
- 1974. *Idiomas de Mesoamérica*. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra.
- 1976. "Archaeological and linguistic correlations in Mayaland and associated areas of Meso-America", *World Archaeology*, 8, 1, pp. 101-118.

- 1980. "Pre-Columbian borrowings in and out of Huastec", en *American Indian and Indo-European Studies: Papers in Honor of Madison S. Beeler*. Eds. K. Klar, M. Langdon y S. Silver, pp. 101-112.
- KING, TIMOTHY, y SERGIO GÓMEZ CHÁVEZ, s. f. "Avances en el desciframiento de la escritura geroglífica de Teotihuacan", manuscrito.
- KINKADE, M. DALE, y J. V. POWELL 1976. "Language and the prehistory of North America", *World Archaeology*, 8, pp. 83-100.
- KIRCHHOFF, PAUL, LINA ODENA, y LUIS REYES 1989 [1976]. *Historia tolteca chichimeca*, Puebla: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Fondo de Cultura Económica.
- KRICKEBERG, WALTER 1933. *Los totonacas*. México: Secretaría de Educación Pública-Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.
- LAMB, SYDNEY 1958. "Linguistic prehistory in the Great Basin", *International Journal of American Linguistics*, 24, pp. 95-100.
- LIPP, FRANK 1991. *The Mixe of Oaxaca. Religion, Ritual and Healing*. Austin: University of Texas Press.
- LOMBARDO TOLEDANO, VICENTE 1931. "Geografía de las lenguas de la sierra de Puebla, con algunas observaciones sobre sus primeros y sus actuales pobladores", *Universidad de México*, 3, 13, pp. 14-58.
- LONGACRE, ROBERT S., y RENE MILLON 1961. "Proto-Mixtecan and proto-Amuzgo-Mixtecan vocabularies: A preliminary cultural analysis", *Anthropological Linguistics*, 3, 4, pp. 1-44.
- LOWE, GARETH W. 1977. "The Mixe-Zoque as competing neighbors of the early lowland Maya", en *The Origins of Maya Civilization*. Ed. R.E.W. Adams. Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 197-248.
- 1983. "Los olmecas, mayas y mixe-zoques", en *Antropología e historia de los mixe-zoques y mayas. Homenaje a Franz Blom*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-BYU, pp. 125-130.
- MABRY, JONATHAN B. 1997. *Archaeological Investigations at Early Village Sites in the Middle Santa Cruz Valley: Analyses and Synthesis*. Tucson: Center for Desert Archaeology. (Anthropological Papers, 19.)
- MACELHANON, K. A. 1971. "Classifying New Guinea languages", *Anthropos*, 66, pp. 128-132.
- MACNEISH, RICHARD S. 1961. *First Annual Report of the Tehuacan Archaeological-Botanical Project*. Andover: Robert S. Peabody Foundation.
- MANRIQUE C., LEONARDO 1989a. "La posición de la lengua huasteca", en *Huastecos y totonacos*. Ed. Lorenzo Ochoa. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 206-226.
- 1989b. "La lengua de los nahuas y sus congéneres", en *Primer encuentro nahua: los nahuas de hoy*. México: Museo Nacional de Antropología, Subdirección de

- Etnografía, pp. 13-26. (Cuadernos de Trabajo de la Subdirección de Etnografía, 7.)
- 1990. "Pasado y Presente de las lenguas indígenas de México", en *Estudios de lingüística de España y México*. Eds. Violeta Demonte y Beatriz Garza Cuarón. México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México, pp. 387-420.
- 1994. "Lingüística histórica", en *Historia antigua de México*. Vol. I: *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*. Coords. L. Manzanilla y L. López Luján. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Miguel Ángel Porrúa, Librero-Editor, pp. 53-93.
- MAYOR, EDUARDO 1994. "Mesomérica", en *Historia antigua de México*. Vol. I: *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*. Coords. L. Manzanilla y L. López Luján. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Miguel Ángel Porrúa, Librero-Editor, pp. 95-119.
- MCCLUNG, EMILY, y JUDITH ZURITA 1994. "Las primeras sociedades sedentarias", en *Historia antigua de México*. Vol. I: *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*. Coords. L. Manzanilla y L. López Luján. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Miguel Ángel Porrúa, Librero-Editor, pp. 255-295.
- MCQUOWN, NORMAN 1942. "Una posible síntesis lingüística Macro-Mayence", en *Sociedad Mexicana de Antropología, Mayas y olmecas. Segunda Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*. Tuxtla Gutiérrez: Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 37-38.
- 1964. "Los orígenes y diferenciación de los mayas según se infiere del estudio comparativo de las lenguas mayanas", en *Desarrollo Cultural de los Mayas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 49-80.
- MEDINA, ANDRÉS 1983. *La cuestión étnica en México: materiales para una discusión desde los Altos de Chiapas*, fotocopia.
- 1988. "La comunidad en la encrucijada (Un atisbo a las relaciones entre etnia y clase social en los Altos de Chiapas)", en *La etnología: temas y tendencias. I Coloquio Paul Kirchhoff*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 81-90.
- MILLER, WICK 1966. "Anthropological linguistics in the Great Basin", en *The Current Status of Anthropological Research in the Great Basin: 1964*. Eds. W.L. d'Azevedo et al. Reno: Desert Research Institute, pp. 75-113. (Social Sciences and Humanities Publications, 1.)
- 1984. "The classification of the Uto-Aztecan languages based on lexical evidence", *International Journal of American Linguistics*, 50, pp. 1-24.

- MIRAMBELL, LORENA 1994. "De las primeras sociedades al Preclásico. Los primeros pobladores del actual territorio mexicano", en *Historia antigua de México*. Vol. I: *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Prehistórico*. Coords. L. Manzanilla y L. López Luján. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Miguel Ángel Porrúa, Librero-Editor, pp. 223-253.
- NALDA, ENRIQUE 1990. "¿Qué es lo que define a Mesamérica?", en *La validez del concepto de Mesoamérica*. Instituto Nacional de Antropología e Historia-Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 11-20.
- NICHOLS, JOHANNA 1990. "Linguistic diversity and the first settlement of the new world", *Language*, 66, 3, pp. 475-521.
- NICHOLS, M. J. P. 1981. "Old California Uto-Aztecan", en *Reports from the Survey of California and Other Indian Languages, Report I*. Eds. A. Schlichter, W.L. Chaffin y L. Hinton. Berkeley: The Survey of California and Other Indian Languages, pp. 5-41.
- PASO Y TRONCOSO, FRANCISCO DEL (ed.) 1905-1907. *Papeles de Nueva España*. Madrid, 7 tomos. (Segunda Serie.)
- PRATT, MARY LOUISE 1989. "Utopías lingüísticas", en *La lingüística de la escritura. Debates entre lengua y literatura*. Comps. Nigel Fabb, Derek Attridge, Alan Dundes y Colin MacCabe. Madrid: Visor Distribuciones, pp. 57-74.
- QUIRARTE, JACINTO 1973. *Izapan Art Style: A Study of its Form and Meaning*. Washington, D.C.: *Dumbarton Oaks*. (Studies in pre-columbian art and archaeology, 10.)
- RENFREW, COLIN 1987. *Archaeology and Language, the Puzzle of Indo-European Origins*. Londres: Jonathan Cape.
- RENSCH, CALVIN R. 1976. *Comparative Otomanguan Phonology*. Bloomington: Indiana University Press.
- ROMNEY, A. KIMBALL 1957. "The genetic model and Uto-Aztecan time perspective", *Davidson Journal of Anthropology*, 3, pp. 35-41.
- SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE 2002 [1988]. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Eds. Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, con estudio introductorio, paleografía, glosario y notas, 1ª. reimpr. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 3 volúmenes. [Hay, entre otras, una edición a cargo de Ángel María Garibay, con numeración, anotaciones y apéndices, de 1981 (1956). México: Editorial Porrúa, 4 vols.]
- SAUER, CARL 1998 [1934]. "La distribución de las tribus y las lenguas aborígenes del Noroeste de México", en *Aztatlán*. Recopilación, traducción y prólogo de Ignacio Guzmán, pp. 97-198.
- SMITH, VIRGINIA 1984. *Izapa Relief Carving. Form, Content, Rules for Design, and Role in Mesoamerican Art History and Archaeology*. Washington, D.C.: *Dumbarton Oaks*. (Studies in pre-columbian art and archaeology, 27.)
- STARR, THOMAS 1990. "La difusión lingüística en el estado de Oaxaca", en *Estudios de lingüística de España y México*. Eds. Violeta Demonte y Beatriz Garza Cuarón. México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México, pp. 603-631.
- WHITE, MICHAEL, CHRISTINE WHITE, y FRED LONGSTAFFE 2005. "El sostenimiento de la identidad étnica en Tlailotlacan: la evidencia isotópica". Ponencia presentada en la IV Mesa Redonda de Teotihuacan: más allá de la Ciudad.
- STARR, BRIAN 1982. "Maya hieroglyphic writing and Mixe-Zoquean", *Anthropological Linguistics*, 27, pp. 1-45.
- 1983. "The language of Zuyua", *American Ethnologist*, 10, pp. 150-164.
- 1989. "Maya bloodletting and number three", *Anthropological Linguistics*, 31, pp. 209-226.
- SUÁREZ, JORGE 1995 [1983]. *Las lenguas indígenas mesoamericanas*. México: Instituto Nacional Indigenista-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- SUJARA, YOKO 1998. "Desarrollo histórico en el Valle de Toluca antes de la conquista española: proceso de conformación pluriétnica", *Estudios de Cultura Otopame*, 1, pp. 99-122.
- SULLIVAN, THELMA, y KAREN DAKIN 1980. "Dialectología del náhuatl de los siglos XVI y XVII", en *XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Coahuila, 1979. Rutas de intercambio en Mesoamérica y norte de México*. México: Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 291-300.
- SWADESH, MAURICIO 1952. "Lexicostatistic dating of Prehistoric Ethnic Contacts", *Proceedings of the American Philosophical Society*, 96, pp. 452-463.
- 1955. "Algunas fechas glotocronológicas importantes para la prehistoria nahua", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, VI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, 14, 1, pp. 173-192.
- 1956. "Problems of long-range comparison in Penutian", *Language*, 32, 1, pp. 17-41.
- 1960 [1956]. "Conceptos geográficos-cronológicos de cultura y lengua", en *Estudios de Lengua y Cultura*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 81-92. (Acta Anthropologica, 2a época, vol. II, núm. 2.) [Publicado inicialmente en *Estudios Antropológicos. Volumen en homenaje al Dr. Manuel Gamio*.]
- 1960. "Interrelación de las lenguas mayances", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 13, pp. 231-267.
- 1964. "Linguistic overview", en *Prehistoric Man in the New World*. Eds. Jesse D. Jennings y Edward Norbeck. University of Chicago Press (for Rice University), pp. 527-556.
- 1967. "Lexicostatistic classification", en *Handbook of Middle American Indians*. Ed. Norman McQuown. Austin: University of Texas Press, vol. 5, pp. 79-115.

- SWANSON, E. H. (ed.) 1968. *Utaztekan Prehistory*. (Occasional Papers of the Idaho State University Museum, 22.)
- TAYLOR, WALTER W. 1961. "Archaeology and language in Western North America", *American Antiquity*, 27, pp. 71-81.
- TEETER, K. V. 1963. "Lexicostatistics and genetic relationships", *Language*, 39, pp. 638-648.
- WATERHOUSE, VIOLA 1985. "True Tequistlateco", *International Journal of American Linguistics*, 51, pp. 612-614.
- WICHMANN, SOREN 1991. *The Relationship between the Mixe-Zoquean Languages of Mexico*, I-II. Tesis de maestría de la Universidad de Copenhague.
- 1994. "Mixe-Zoquean linguistics, a status report", en *Panorama de los estudios de las lenguas indígenas de México*. Coords. Doris Bartholomew, Yolanda Lastra y Leonardo Manrique. Tomo I, pp. 193-267.
- 1998. "A conservative look at diffusion involving Mixe-Zoquean languages", en *Archaeology and Linguistics II. Correlating Archaeological and Linguistic Hypothesis*. Eds. Roger Blench y Matthew Spriggs. Londres: Routledge, pp. 297-323.
- WIESHEU, WALBURGA 1994. "La zona oaxaqueña en el Preclásico", en *Historia antigua de México*. Vol. I: *El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*. Coords. L. Manzanilla y L. López Luján. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Miguel Ángel Porrúa, Librero-Editor, pp. 407-436.
- WILKERSON, JEFFREY K. 1972. *Ethnogenesis of the Huastecs and Totonacs: Early Cultures of North Central Veracruz, at Santa Luisa, Mexico*. Ph. D. dissertation. Nueva Orleans: Tulane University.
- WINTER, MARCUS C., MARGARITA GAXIOLA, y GILBERTO HERNÁNDEZ 1984. "Archaeology of the Otomanguean Area", en *Essays in Otomanguean Culture History*. Eds. Kathryn Josserand, Marcus Winter y Nicholas Hopkins. Nashville: Vanderbilt University, pp. 109-140. (Publications in Anthropology, 31.)
- WONDERLY, WILLIAM L. 1953. "Sobre la supuesta filiación lingüística de la familia totonaca con la familia zoqueana y maya", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 13, 2-3, pp. 105-113.
- ZAMBRANO BONILLA, JOSÉ 1752. *Arte de la lengua totonaca*. Puebla de los Ángeles: Viuda de Miguel Ortega.